X. CALLEJA

UN MARTES DE CARNAVAL



CÁDIZ



PrEdiciones

EN LA CIUDAD DE CÁDIZ

"Que atendiendo a las anormales circunstancias por que atraviesa la ciudad, así en orden a los intereses sociales como en lo tocante a los de salud pública (…):

"Quedan prohibidas en esta ciudad las fiestas de Carnaval al aire libre, el uso de disfraces y de caretas así de día como de noche, y en general todos aquellos actos que integran referidos festejos. El Gobernador que suscribe, cree interpretar fielmente los deseos del culto pueblo gaditano al dictar una disposición que tiende de una manera primordial y efectiva a garantizar los altos intereses del orden, disciplina de las costumbres y de la salubridad pública".

Bando firmado por el Gobernador Civil de la provincia de Cádiz, don José Bono, el día 1 de marzo de 1919.

****

—¿Tú te crees que soy tonta? Que éstas son más falsas que… —truena Angelita.

La pescadera le tira las monedas al Ciego y a Antoñito, que se agacha y las persigue mientras ruedan por el suelo mojado de la plaza. Los gritos y el gesto atraen la atención de los que compran en los puestos colindantes.

—La gente salta por ná, joé.

—¡Qué bastinazo!

—Ya verás que se lía como la semana pasá con las marías protestando por lo caro que está to.

—Que estamos en carnavá, oé, que era una broma, Angelita —se justifica El Ciego.

—Ya me estás dando tú los cangrejos, tío sieso. Trae pa cá.

—La culpa la tiene el niño éste, que los ingleses le han dao coba en el muelle, los muy piratas —justifica el Ciego dándole una racha a Antoñito.

El niño lo fulmina con la mirada.

—¿Qué está hablando del muelle? Esos son duros sevillanos, que ya to el mundo se sabe el truco. ¡Qué poca vergüenza! —abronca Angelita.

El Ciego le devuelve el cartucho de cangrejos y Angelita despacha a otro cliente como si nada hubiera pasado.

—Al Antoñito lo mandaba yo a Larache pa que aprenda —propone el Moro desde el puesto de al lado—. Y a ti también, Ciego, a ver si haces algo de provecho que yo no sé cómo vives de los periódicos usaos.

Antoñito observa las cuatro mojarras y dos chocos que le quedan en el puesto. El Ciego recuerda que el Moro es veterano de la Guerra de Melilla.

—Moro, tú no tendrás por ahí el uniforme ¿no? Me vendría que no veas para hoy. Al Antoñito lo vestimos de sindicalista y montamos un numerito dándonos trompás entre copla y copla. Así sacamos unas perras pa comer.

Angelita interrumpe el sainete del Ciego:

—¡Qué de pamplinas dices, ío! Hoy, de Carnaval, na de na. ¿No tanterao del bando? Que el saborío del alcalde y el gobernador lo han prohibío.

—Anda ya —dice el Ciego—. El domingo hubo algo.

—¡Y vinieron los civiles detrás de nosotros! —confirma Antoñito.

—Que no, joé —insiste Angelita—. Ni máscaras, ni coplas, ni papelillos, ni na. To prohibío. Solo dejan la fiesta pa los ricachones. Un mojón pa los pobres.

—Ya veremos —zanja el viejo ciego tirando del brazo de Antoñito—. Ya nos buscaremos las maneras. Ahí se quedáis.

****

—Qué ruina —se queja revisando las facturas otra vez como si quisiera obtener el por qué de las pocas ventas, los precios e impuestos tan altos.

El bufido de Rafaela desde la trastienda de La Bujía obliga a Falito a compartir perplejidad con Segundo, acodado en la barra, que levanta la vista del vaso vacío. Falito vuelve a fijarse en la puerta del bar. Ramón el guardia aparece en el marco y cojea hasta la barra.

—A las buenas tardes.

Segundo responde al saludo de Ramón con un movimiento de cabeza y le señala el vaso vacío. Falito espera la aprobación del guardia para servir un vaso de vino. El guardia asiente.

—¿Usté toma algo también?

—No, hijo, más tarde. Que empiezo el turno ahora —se acerca a Segundo y le pone la mano en el hombro— ¿Qué me cuentas, Segundo?

—Poca cosa —bebe un sorbito—, pero yo creo que hay gente que va a salir a cantar.

—¿Quiénes?

—No sé. El Ciego, seguro.

Ramón dirige la mirada a la trastienda. Se despide con palmeos en la espalda de Segundo, como si fueran un eco blando de los cates y golpes que, en otros tiempos, le daba. Golpea con los nudillos el dintel de la trastienda.

—¿Y su padre, señorita?

—Trabajando por Cádiz —responde Rafaela, levantando la vista hacia el guardia—. En el Quevedo. Está con Martínez del Águila, Morenatti, Sampalo y el impresor ése catalán. Y otros más. Quieren hacer un escrito para el alcalde.

—¿Otra huelga?

—Un atropello. El domingo de carnaval no vendimos ni tres cañas.

—Pero, hija, el alcalde y el gobernador hacen bien. La gente se muere por la gripe.

—¿Ahora resulta que la culpa de la gripe la va a tener el carnaval? ¿Y las calles sucias? ¿Y las trampas con la harina? ¿Y las casas que se caen de pena? Que están cagaos con las huelgas. Eso es lo que pasa. Y se creen que con las caretas y las coplas van a guillotinar a Alfonso XIII.

—Dios no lo quiera —se santigua el guardia.

—Llevamos semanas de huelgas —continúa Rafaela—. Las tiendas cerradas, la gente asustada. Y ahora se prohíbe el Carnaval. Con la de familias que comen con las perras que se sacan en estos días. ¿Buscaba usted a mi padre para algo?

—No, para saludarlo na más.

—Pues saludado queda. Buenas tardes.

****

Emilia sale de la parroquia del Rosario y observa las calles como si quisiera perderse sin rumbo antes de ir a su casa en la Alameda. Espera a que Pitusa, su hermana pequeña, se despida del cura.

—Ésta se vendría a vivir aquí —se dice a sí misma.

Pitusa emerge de la puerta y recibe la mirada inquisidora de su hermana.

—Venga, que antes de ir a casa quiero darme una vueltecita por la plaza las Flores.

Pitusa pone cara de reproche.

—¿Ahora? Madre lleva dos semanas en la cama con neumonía, tata Milagrosa está con la gripe y la Negra no da abasto atendiendo al pequeño Bartolo. ¿La plaza las Flores?

Emilia comienza a andar y su hermana la persigue al paso rápido que le permiten las faldas.

—Si alguien nos ve y nos pregunta que qué hacemos por aquí solas, ¿qué le decimos? —pregunta Pitusa con temor.

—Que vamos a la botica a por tisana. Que madre está mala.

Callejean hasta desembocar en la plaza de las Flores. Emilia se acerca a un corrillo de gente que rodea a dos que, al parecer, cantan y gesticulan. Las reciben con miradas tensas y vigilantes.

Pitusa no termina de unirse al grupo. Mira a un lado y a otro, desconfiada. A Emilia le ganan unas risas e invita a su hermana a que se acerque.

—Venga Emilia, vámonos pa casa —apremia Pitusa—. Que si llegan los guardias se lía buena.

Una carcajada del público impide oír la respuesta de Emilia. Los dos carnavaleros comienzan a cantar un tango. Emilia lo reconoce a pesar de la letra, que es un disparate de rimas blasfemas. Lo tararea como si lo leyera para piano.

—¡Por favor, Emilia!

—Un ratito más.

****

Ramón el guardia sale de La Bujía pensando en dónde estará su compañero de patrulla.

—En casa de la querida, seguro. Hijolagranputa.

Cojea hasta entrar por la puerta de la Plaza de Abastos. Saluda al paso de las marchantes y los fruteros. Nada parece alterar el rumor de las compras. Pero al doblar la esquina del mercado se topa con el Ciego y su acompañante, apoyados en una de las columnas renegridas del edificio. Los dos pícaros y los que escuchan están riendo a carcajadas por alguna pamplina.

Antoñito ve a Ramón acodado en la fachada de enfrente e informa al Ciego.

El carnaval suspendío

Por Bono el gobernador

Los murguistas enmorecíos

Le decimos a este señor

Excelentísimo don Pepe

No se fie del mogollón

Que poco será la gripe

Si contagia la rebelión

Tres mozos del mercado se han parado a escuchar. El corro se va conformando bajo la pose atenta e inofensiva de Ramón. La gitana que vende flores, ya sin flores, una aguadora,

dos carreteros. Es cuando Ramón reconoce a un operario del muelle en huelga desde hace dos semanas, que se une al corro. Mala cosa. Se lleva el silbato a los labios. Da un paso adelante.

—¡Ramón, que no te veo pero te huelo! —le grita el Ciego, dando ya zancadas, guiado en la huida por Antoñito.

****

—Falito, cambia la cara de sieso que tienes y sácate unas aceitunitas o algo, haz el favor —celebra el Beni, mozo del mercado—. Que hace mucho que no venimos a verte, pisha.

—Menos mal que estabas abierto —agradece Luiti.

—Apúntanoslas y ya otro día te pagamos, rey —dice, meloso, Pepe.

Falito sirve otra ronda. Rellena los cuatro vasos y echa un ojo a la puerta. Está atardeciendo. De repente, irrumpe Germán el carnicero.

—Cierra las puertas, Falito. ¡Cierra! Que estos cabrones son capaces de meterse aquí.

A Falito se le cambia la cara cuando imagina a los guardias civiles entrando en la taberna. Germán busca una silla y pide un vaso.

—¿Qué ta pasao Germán, pisha? Que viene to sofocao.

—Se está liando. Los guardias están correteando a la gente que canta por ahí. A mí me han confundío con unos que iban disfrazaos de carniceros. ¿Te lo puedes creer?

Se comparten gestos de inquietud. Pepe le alarga el vaso a Germán, que lo bebe de un buche. Los demás también beben, como si buscaran certezas en el caldo. El Beni deja el vaso en la barra y posa los nudillos. Busca las miradas cómplices de los demás. Entona una coplilla en voz baja que todos reconocen. Pepe, Manolín y el Luiti sonríen y se estremecen.

—Ole —susurra Manolín el lechero, que se une y canta.

A Pepe le brillan los ojos. La copla parece rasgar el silencio del bar.

—Señores, que se puede liar como nos cojan —advierte Germán—. Que nos conocemos.

La copla termina con una epifanía de sonrisas. Tras un instante de silencio, el Beni se arranca con otra. Canta con más volumen. El resto del grupo le sigue. Todos se saben la letra.

Segundo entra en el bar. La copla se interrumpe.

—Os he escuchao —afirma con la lengua pastosa.

Se dirige a la barra con la fluctuación constante de su borrachera.

—Ponle una copita ahí a Segundo a mi cuenta, ¿no, Segundo? —dice el Beni.

Segundo asiente y acepta el pacto velado de un silencio comprado con vino.

—Ustede tranquilos, que aquí no ha pasao ná.

Pepe apura la copa serio y observa la sonrisa beoda de Segundo.

—Yo me voy.

—Espera Pepe, joé.

—Ya está el pescao vendío. ¿No lo estás viendo?

Segundo se gira para ver cómo Pepe sale del bar. Apura el vaso.

****

—¿Por qué te dicen el Inglés, Ethel?

Elías el Poeta le alarga un cigarro que cruza las dos tazas de café de la mesa del Hotel Habana. Ethel lo acepta.

—Por mi forma de vestir varonil. En mi familia siempre fue algo escandaloso. Pobres escoceses. Tan ricos y tan antiguos. Nunca me creyeron cuando les dije que iba a viajar a España con esta pinta.

—Y para escribir un libro de viajes.

—De todos modos, mi viaje a Borneo fue más agitado —Ethel carga la mirada de una información reservada que parece esconder con el humo de la calada—. Pero en términos gastronómicos, me quedo con el Hotel Habana.

Elías asiente reconociendo la excepcionalidad de la cena por ocho pesetas: tortilla de espárragos y su filete de ternera, pan y queso. Un lujo que él no ha pagado.

—¿Por qué hoy los guardias no van a caballo? —pregunta Ethel bajo un luciferino y persistente interés sobre la agitación que ha percibido en Cádiz esa tarde.

—Se les habrán puesto también en huelga —contesta Elías con ironía.

—A pesar del bando, la gente ha salido a la calle. Es fascinante. Qué valientes. ¡Seguro que son anarquistas!

—Ay, amiga, tú ves revolucionarios por todas partes. Llevas dos semanas repitiendo las mismas palabras, tan grandes y vacías que a veces tienen eco dentro: socialismo, emancipación, romper las cadenas… Que sí, que también, pero yo solo veo a la gente normal celebrando su fiesta como todos los años.

—¿No es eso anarquismo? Gente que desobedece. No hacen caso a la autoridad. Como Salvochea. O la CNT.

—Ésos están montando huelgas y no cantando y bebiendo, Ethel. Seriedad, por favor.

—El ideal es mucho más que panfletos —entona como una lección aprendida—. La gente que canta es anarquista aunque no lo sepa. Y los que escuchan también.

—Aro, Ethel —Elías apaga el cigarro—. Y los guardias y los clericales también.

****

Las monjas del Convento de Santa Clara tienen un loro,

pico de oro, quién lo pillara.

—Esto es de Los Caleseros —informa el hombre que tiene delante a Emilia.

Pitusa llama con el dedo a su hermana.

—¿Qué ha dicho ese señor?

—Que lo que cantan es de Los Caleseros.

—¿Esos quiénes son?

—Un coro antiguo —zanja Emilia, y sigue escuchando.

Plumas de rojo y verde, pico de oro,

¡ay, quién pudiera

pillar al loro de Santa Clara!

Y las buenas madres dicen a porfía

como si rezaran una letanía:

Pitusa observa con desconfianza la Plaza Guerra Jiménez, no le quita ojo a la cuesta de la calle Isturiz.

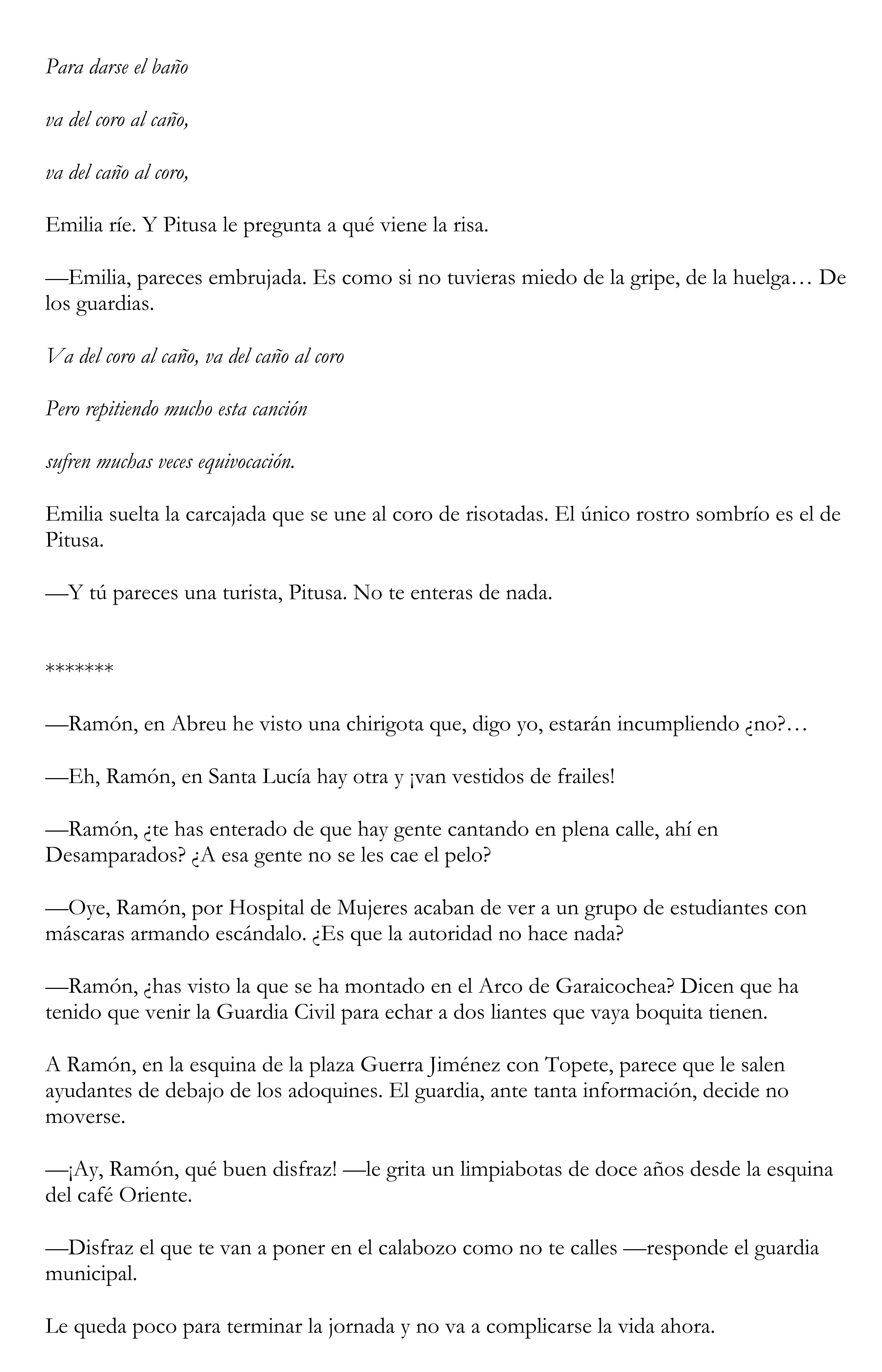
—Emilia, ¿nos vamos?

—Un ratito más, anda.

Escruta los rostros de los que escuchan. Le sorprende la calidad de la vestimenta del hombre de delante. Pero le ganan los gestos de la murga: disparatados, felices, ebrios. Levanta la vista a los balcones y los cierros de las casas.

¡Ay, qué rico loro!

¡Ay, qué rico loro!



Para darse el baño

va del coro al caño,

va del caño al coro,

Emilia ríe. Y Pitusa le pregunta a qué viene la risa.

—Emilia, pareces embrujada. Es como si no tuvieras miedo de la gripe, de la huelga… De los guardias.

Va del coro al caño, va del caño al coro

Pero repitiendo mucho esta canción

sufren muchas veces equivocación.

Emilia suelta la carcajada que se une al coro de risotadas. El único rostro sombrío es el de Pitusa.

—Y tú pareces una turista, Pitusa. No te enteras de nada.

****

—Ramón, en Abreu he visto una chirigota que, digo yo, estarán incumpliendo ¿no?…

—Eh, Ramón, en Santa Lucía hay otra y ¡van vestidos de frailes!

—Ramón, ¿te has enterado de que hay gente cantando en plena calle, ahí en Desamparados? ¿A esa gente no se les cae el pelo?

—Oye, Ramón, por Hospital de Mujeres acaban de ver a un grupo de estudiantes con máscaras armando escándalo. ¿Es que la autoridad no hace nada?

—Ramón, ¿has visto la que se ha montado en el Arco de Garaicochea? Dicen que ha tenido que venir la Guardia Civil para echar a dos liantes que vaya boquita tienen.

A Ramón, en la esquina de la plaza Guerra Jiménez con Topete, parece que le salen ayudantes de debajo de los adoquines. El guardia, ante tanta información, decide no moverse.

—¡Ay, Ramón, qué buen disfraz! —le grita un limpiabotas de doce años desde la esquina del café Oriente.

—Disfraz el que te van a poner en el calabozo como no te calles —responde el guardia municipal.

Le queda poco para terminar la jornada y no va a complicarse la vida ahora.

En ese momento, aparece Facundo, su compañero de patrulla, que llega de pasar la tarde con su amante viñera.

—¿Cómo ha ido la guardia, Gómez? —le pregunta Ramón con retintín.

—Nada, no he visto nada reseñable.

—¿Nada reseñable? Yo tampoco —el tono sobrio de Ramón no denota la más mínima ironía—. Y te digo una cosa, Gómez; con la hora que es, yo lo que quiero es irme a mi casa y poner los pies en alto. Que trabaje un poquito la Guardia Civil.

****

Manolín recoge la botella de vino que le da Pepe y le pega un trago. Se la pasa al Beni y bebe también. Luiti se la pide con los ojos y la botella completa el círculo para volver a esconderse tras el portón de la casapuerta junto a la mercería de Amelia, en la calle Fonte.

—No tengo ni frío, pisha.

La noche ha caído ya y el relente empieza a calar. De pronto, las risotadas dan paso a un murmullo.

—Ira, ¿cómo dise? —prologa el Beni antes de cantar.

—Ése no es el tono —protesta Manolín con guasa.

El grupo defiende la copla con la inestabilidad de la borrachera. Las voces se atenúan en los últimos versos como si abandonaran el barco del tono, la letra y el compás.

—Están ciegos —dictamina Elías desde el otro lado de la calle.

—Se les ve felices —dice Ethel.

Aparecen El Ciego y Antoñito, que se acercan al grupo del Beni. Manolín les ofrece la botella de vino.

Elías reconoce a los personajes que parecen conspirar contra el silencio de las calles.

—Mira, Ethel, esos son gente de la plaza. Unos golfos. Y ése de ahí, el Ciego, que es otro personaje.

—A ver si cantan algo —demanda Ethel.

El poeta y su amiga cruzan la calle para unirse a los que escuchan.

—Mira qué dos —Elías llama la atención sobre las dos mujeres que caminan por el otro lado de la calle.

Las miradas de todos recaen en Emilia y Pitusa, que parecen disculparse por irrumpir en la escena.

—El sábado estuve hablando con su padre en el baile del Casino, ¿te acuerdas, Ethel? —Elías se dirige ahora a las hermanas— ¡Pero bueno, señoritas!, ¿vuestro padre no sabe que andáis por aquí?

La menor de las hermanas lanza su justificación, bien ensayada y aprendida:

—Vamos a la botica a por medicinas para nuestra madre, que está malita…

—¿A estas horas?

—¿Esos de ahí cantan? —pregunta Emilia cambiando de tema y señala con la cabeza al grupo del Beni.

El Beni y sus amigos se miran los unos a otros, buscando aprobación.

—Enga, amo darle.

El público, animado, los rodea. Los trabajadores de la plaza se colocan en la cabeza unos pañuelos de colores y se arrancan a cantar. Al poco, se les nota más a gusto, más relajados.

Llevan cuatro o cinco coplas. Alguna cantada con cierto pudor por la presencia de las dos jóvenes, otras más anticlericales y contra el rey, entonadas con mucho sentío. Se ha arrimado más gente. Barrenderos, algún practicante, una alcahueta.

En un momento determinado, alguien grita desde un balcón cercano.

—¡Agua, agua!

Por la esquina de la calle Robles aparece una pareja de guardias civiles. El grupo se deshace rápidamente en múltiples direcciones. Hay quien se mete en una casapuerta, otros corren y desaparecen por una esquina. Ethel se desorienta y pierde al Poeta de vista. Antoñito agarra del brazo al Ciego y se alejan como pueden. Las hermanas no saben qué camino tomar. Se quedan quietas junto a la chirigota del Beni que tampoco se ha coscado mucho de lo que pasa.

—¡Alto a la autoridad! ¡Qué están haciendo ustedes aquí!

—Ya nos íbamos, señor agente. Aquí éste, que estaba contando una cosa mu graciosa.

—Y una copitas de más, ¿no, caballero?

El silencio se hace en el grupo. El guardia se fija en las dos señoritas que acompañan a los trabajadores.

—¿Y ustedes, señoritas?, ¿quién está a su cargo? —el guardia civil cambia de tono al hablarle a la muchacha—. Aquí se está violando el bando del gobernador que prohíbe las murgas y las celebraciones carnavalescas en la vía pública, ¿no lo saben ustedes?

Pitusa se dispone a hablar. Pero interviene el Beni:

—¡Pero si no estamos haciendo na! Nos hemos entretenío despidiéndonos los compares, jefe. Aquí no hay murga ni na.

—Una copita de más y algunos chistes picantones, señor guardia, pero ya nos íbamos —completa Manolín.

—¿Y qué hacen con estas señoritas?

—Nosotras… —balbucea Emilia.

—¡Yo soy responsable! —el guardia Ramón aparece como un ángel custodio por la esquina más inmediata a la escena—. ¡Señorita Emilia! ¡Pitusa! ¿Qué horas son éstas de estar en la calle? ¡Aquí no hay na bueno pa ustedes!

—Fuimos a la botica de don Andrés… que mi madre… —dice la hermana mayor recogiendo el guante cómplice del guardia.

—¿Las conoce usted? —pregunta el guardia civil a Ramón, que se ha puesto al lado de las niñas.

—Sí, agente. Son de buena familia de aquí de Cádi. La gripe del demonio les ha entrado en la casa y necesitarán algún remedio.

—¿Y por qué no mandan al criado? —pregunta capcioso el Civil.

—Las llevo ya mismo pa su casa si les parece —resuelve Ramón y señala al grupo del Beni—. ¿Se aclaran ustedes con estos señores?

—¡Ramón, por favó! —exclama el Beni pidiendo auxilio.

—Adelante. Proceda —dice imperativo el guardia civil.

Ramón señala el camino a las hermanas, que emprenden el camino a casa. Las tres figuras se alejan apresuradas desvaneciéndose en la penumbra de las farolas.

Emilia gira la cabeza y ve cómo el otro guardia civil le da un golpe al Beni y empuja a Manolín.

—Yo vivo ahí atrás, señor guardia, en Arbolí —dice el Beni.

El guardia civil, con un ademán de cansancio, les ordena que se vayan cada uno por su lado.

****

—Vaya gachón más raro. Y buena la que lleva —comenta Angelita la pescadera para sí misma, a punto de entrar en El Faisán.

Ethel llega a la plaza de la Cruz Verde tambaleándose y se dirige hacia la puerta de la taberna. Tras la bulla, se pregunta si Elías habrá acabado en manos de los guardias. Angelita

la espera con la puerta abierta para entrar juntas. Ethel se lo agradece, da un traspiés y tropieza con la mujer.

—Tú vienes peor que mi hermano, seguro. A ver cómo está el señor —dice Angelita.

Al abrirse la puerta, se oye el final de una copla y las risas que provoca. Sobre los toneles que hay junto a la entrada, a la luz de un quinqué de petróleo, reposan copas y vasos vacíos. Alrededor están los parroquianos, casi no se les ven las caras. Hay de todo entre ellos: lateros, panaderos, banderilleros jubilados, chulos de tres al cuarto, y algún que otro abogado amigo de la noche y el quejío.

En la barra, hay dos hombres fumando un tabaco que huele raro y una mujer que taconea sin mucha pasión. Son el Moro, desgañitado a estas horas, Juanín, que le acompaña con una guitarra llena de lamparones, y la niña la Rosa, bailaora famosa en su día, ahora en declive.

Ethel comprueba que el Poeta no ha llegado y se pregunta si habrá acabado en manos de los guardias. Embriagada con el olor a hachís, a vino derramado y humanidad, decide acercarse a la barra y pide un vino.

—¿Quiere usted algo? —le pregunta a Angelita, que se sitúa a su lado.

—Ya éste se lo ha bebío to.

Angelita señala a un hombre ebrio que duerme en una silla con un pito de caña apoyado en la barriga. Es Segundo, el chivato.

—¿Quién es? —se interesa Ethel.

—Mi hermano —responde con un suspiro de lamento.

Ethel asiente y comprende qué hace aquella mujer a esas horas en esa taberna. Angelita intenta despertar a Segundo a gritos y a empellones bajo las voces del Moro.

—Si el Gobernador ha prohibío la fiesta en la calle será por algo. El Gobernador es el representante de Romanones en Cadi, ¿vale?

—Dicen que el mequetrefe ése es de Soria —añade la niña la Rosa.

—De Soria es Marconi —asegura el Moro.

—¿Qué habla, Moro? ¿Qué Marconi?

—El del telégrafo. Guillermo Marconi.

Ethel se inmiscuye:

—Perdone, caballero. Marconi es italiano.

—Italianos mis cojones. ¡Marconi es español! —El Moro se enciende y se echa al coleto el vaso de vino—. ¡Español, célebre en to el mundo! ¡Algún día Cádiz le pondrá una calle, o una avenida! Anda que no. Tiempo al tiempo.

—Pero Marconi… —insiste Ethel.

—Déjalo, rubio —interviene la bailaora—. Éste se quedó chalao cuando soldao.

—Me quedé cojo, no chalao, en el Batallón de Cazadores —explica el Moro con orgullo castrense.

Ethel calla. Prefiere no comprobar si el Moro tira rápido de la navaja que se intuye bajo su chaqueta.

—To las noches igual. Venga, vámonos —ordena Angelita a su hermano.

Para cambiar de tema, Juanín le pregunta a Angelita a viva voz:

—Eh, Angelita, tú, que vienes de la calle, ¿cómo está la cosa por ahí?

—Hace rato vi a unos gitanos atacando con guarachitas. ¡Segundo! ¡Vámono parriba! Que mañana trabajo y tú tienes que ir a por las aceitunas.

El Moro pide unas cañas de vino para el Inglés, la niña la Rosa, Juanín y hasta para la Angelita. El hombre tras la barra sirve el vino amarillento y Segundo, resucitado, hace el ademán de querer agarrar el vaso de su hermana, pero ésta le da un sopapo en la cabeza.

—Espérate, Angelita. Una más.

Le espeta el Moro y se arranca con unas bulerías raras que improvisa hablando de Marconi y sus amores patrios. Ethel no entiende más que Marconi, mojoni, coñoni y otras rimas absurdas. Incapaz de descifrar el mensaje y en los estragos de la fatiga alcohólica, se desploma en una silla coja, cruza los brazos y abandona su cabeza sobre ellos. El mareo le impide ver la entrada del Poeta por la puerta.

****

—Me cago en to los muertos de los guardias. Yo me voy a cagar en su puta madre.

Las quejas del Beni rebotan contra el adoquinado pringoso de la calle Arbolí. Se palpa el golpe de la cara. En el silencio de la noche, se le ocurre canturrear eso de "Gue…rra, muer…te, guerra a muerte a los tiranos, guerra, guerra, guerra, unión y… carnaval". Así no era. Era unión y libertad, discute consigo mismo. Unión y carnaval.

—Ja.

Y suelta una carcajada. Solo una.

Un ruido extraño. Ralentiza el paso. Es un suspiro en una casapuerta vecina, un gemido. Son como dos gemidos. Es como si, y se queda clavado en su pensamiento. Ya sabe lo que es. Cruza por delante. Percibe la sombra de dos figuras que se mueven rítmicamente, en un

dos por cuatro sin música. Ya podrían haber cerrado el portón, piensa. Al Beni se le dibuja una breve sonrisa.

Cuando llega a su casapuerta solo tiene que empujar. Hoy no hace falta buscar al sereno. Cuando abre, se le viene encima una ola de fiesta oculta, embalsada en el patio de vecinos que se encaló por última vez hace veinte años.

—¡Beni!, vente pacá.

Su vecino el Chulo lo llama sentado desde los primeros escalones de la escalera mientras acostumbra la vista a la luz de la candela que preside el patio, junto al aljibe. La finca, con su olor a puchero y a candela viva, envuelve la juerga entre sus muros y enciende la cara del mozo del mercado. Veinte personas enmascaradas, maquilladas, todos vecinos y familiares rodeando y jaleando a Pepa la Muerta, la vecina del bajo que canta unos tanguillos picantes. Junto a ella, Felipe el Tieso rasga una guitarra con una cuerda de menos. Sentado en una banqueta, apoya su pie en una encornadura de toro bravo que alguien ha puesto ahí para tal fin. Nadie le pregunta al Beni por su mala cara. Lo que hacen es pasarle la garrafa de vino para que beba. Sin darse cuenta ya le han encorchao los mofletes.

Paqui está al fondo mirándole con complicidad lasciva, con un traje descolorido sacado de quien sabe dónde. El Beni se limpia el moscatel del mentón con la manga de la chaqueta y se adentra a hacerle los coros a la Muerta. Es un tango de hace dos o tres años que hizo mucha gracia. Se va de tono pero nadie protesta.

Los hijos de la Muerta, arrumbadores los cuatro, pero vestidos hoy de ferroviarios, dan el relevo y entonan una célebre composición de Cañamaque. El Tieso les sigue con su guitarra mellada. Con la siguiente copla, la intensidad sube y el Tieso se levanta y gira sobre sí mismo sin dejar de tocar. El Beni recoge los pitones y se los coloca como puede en lo alto de su gorra. Paqui se le acerca y le susurra algo al oído, pero no lo entiende. Solo siente su aliento de uva.

La garrafa vuelve a él en el momento que recuerda que mañana temprano le espera el Chatín con los chocos para vender en la plaza. Le da un tiento irrenunciable.

—Alto ahí —palmea el Beni, con su cornamenta postiza en la cabeza—. ¡Alto ahí!, que soy la Guardia Civil.

El patio de vecinos parece moverse entero dando calor a quienes cantan. El edificio se desparrama por la losa gastada de la casapuerta hacia el portón, desbordándose de gente cantando y riendo.

—¿Onde váis?

Primero sale el Mantequita a mear en una esquina, por no subir a su partidito del tercer piso. Le sigue la Rosalía en busca de cariño. Tras ellos, dos chiquillos animados por la locura de sus parientes toman la calle con el único afán de armar jaleo. Detrás de los niños sale su tía Pura para arrastrarlos a su cama en el antiguo gallinero de la azotea, junto al cuartucho donde vive el Moro, que aún debe andar gruñendo en algún bache. Pura es quizás la única que no ha probado gota y tiene los sentidos en orden.

Paqui se acerca al Beni y le besa para que no se escape. El Beni aprieta su vientre contra el de su mujer. Se agarran y tropiezan con el escalón. El Beni se escabulle sin pensarlo y la Paqui se queda dentro. El Chulo alza su voz por encima de los demás y el Tieso se coloca a su lado, ya en la casapuerta.

El resto de vecinos son ya todo un jolgorio de mejillas coloreadas con carmín barato y tapones de corcho quemados que, como un torrente de pamplinas y empujones, sale del patio de vecinos. La cabalgata improvisada ha ocupado la calle Arbolí con un estribillo repetido y se dirige a donde le lleve la corriente en medio de la oscuridad.

****

Huele a vino y sudor en la calle Abreu, a tabaco y a salitre. Risas y asentimientos, carcajadas y palmas. Qué arte más grande los tipógrafos, chiquillo, suena por ahí. Bueno, tampoco son los de Cañamaque. ¿Y ése dónde está, Migué? Dicen que se ha apuntao como el Trío Chanitecle o algo así, ¡y sale con una bandurria y un violín! Calla, a ver qué dicen los tipógrafos éstos. ¿Y éstos, van de qué, Juande? No lo sé. De mensajeros o algo así, parece. Vaya copla, contra su mismo patrón. El Juan Tadeo Massip. Le dolerán los oídos. Pero qué arte. Se han llevado dos semanas en huelga. Pues habrán ensayao, en mientras. No veas el piquito que tienen. Callarse, joé, que no me entero. Se creen que por llevar esos gorros de papel nadie se va a enterar de dónde trabajan. Como se entere, verán. Pues que se entere. Esto es carnaval, joé. Que rece. No, que rece mañana, que empieza la fiesta de esta gente.

Tras una hora sin guardias, varias murgas y su auditorio se han hecho fuertes en esta plaza, que es un callejón en realidad. La gente se pasa de mano en mano botas y medias talegas.

—¿Te has dado cuenta de que hay menos mujeres donde se estrecha el callejón? —teoriza Ethel con la lengua pastosa.

—Tú estás lista ya. Y esto está muy apretado. ¿Nos vamos? —recomienda el Poeta.

—Me gusta apretarme contra ti —responde, y le posa una mano en el pantalón.

—Venga ya, Inglés, que a ti te gustan las mujeres más que a mí.

—Pues yo me quedo aquí.

—Pero si no entiendes lo que dicen.

—Aguanta un poquito, yo te agarro si quieres, y te protejo.

—No te me pongas libertina.

—Esa es la gracia de la fiesta, ¿no?

Se preparan para cantar unos hombres que llevan hojas de acelgas por todo el cuerpo, como si estuvieran emplumados. Uno de ellos presenta a su agrupación a media voz:

—No teníamos para disfraz de guardia, y esto es lo más verde que hemos encontrao. Así que disfruten ahora de nuestro repertorio —se señala con las dos manos, recorriendo las enormes hojas que le cuelgan por la ropa.

Una mujer que vende cartuchitos de almendras empuja a Ethel y habla en alto.

—Si te consigo un nabo, con tu disfraz ya te puedes hacer un potaje bueno.

Uno que está en la otra esquina propone meter a toda la murga en la olla y alimentar al barrio de la Viña, al menos mañana, que ya es Cuaresma. Échales garbanzos, grita otro por ahí. Qué arte, ío. No como la Murga Moruna del Suárez. Vaya paripé el del Suárez este año.

—Esa polka suena un poco rara —opina Ethel.

—Da igual, Ethel. Nadie se va a enfadar por eso. Esto es Carnaval.

****

El Ciego se despierta en una casapuerta. Se encoge y se queja. No ve que está empezando a clarear. Pero por el Campo del Sur ya ha comenzado el ajetreo de carretas matutino. Y todavía queda algún borracho en busca del aire frío que llega del mar.

—Tío sieso, que me creía que estabas muerto.

Oye a Antoñito limpiarse las lágrimas, sorbiéndose los mocos.

—¿Yo? —Los palos que le han dado le han abierto varias brechas en la cabeza. Tiene los ojos hinchados y morados—. Ay, Antoñito . No te dé pena que se acabe el Carnaval. ¡Que nos lo hemos pasado muy bien, ome!

A pocos metros, Ethel, en cuclillas entre dos carretas, les escucha. Tan larga es la meada que cuando por fin termina se percata de lo tarde que es; que ya no es martes siquiera, sino miércoles.

—Con que dejen de darnos palos me conformo —dice Antoñito, saliendo tras el portón.

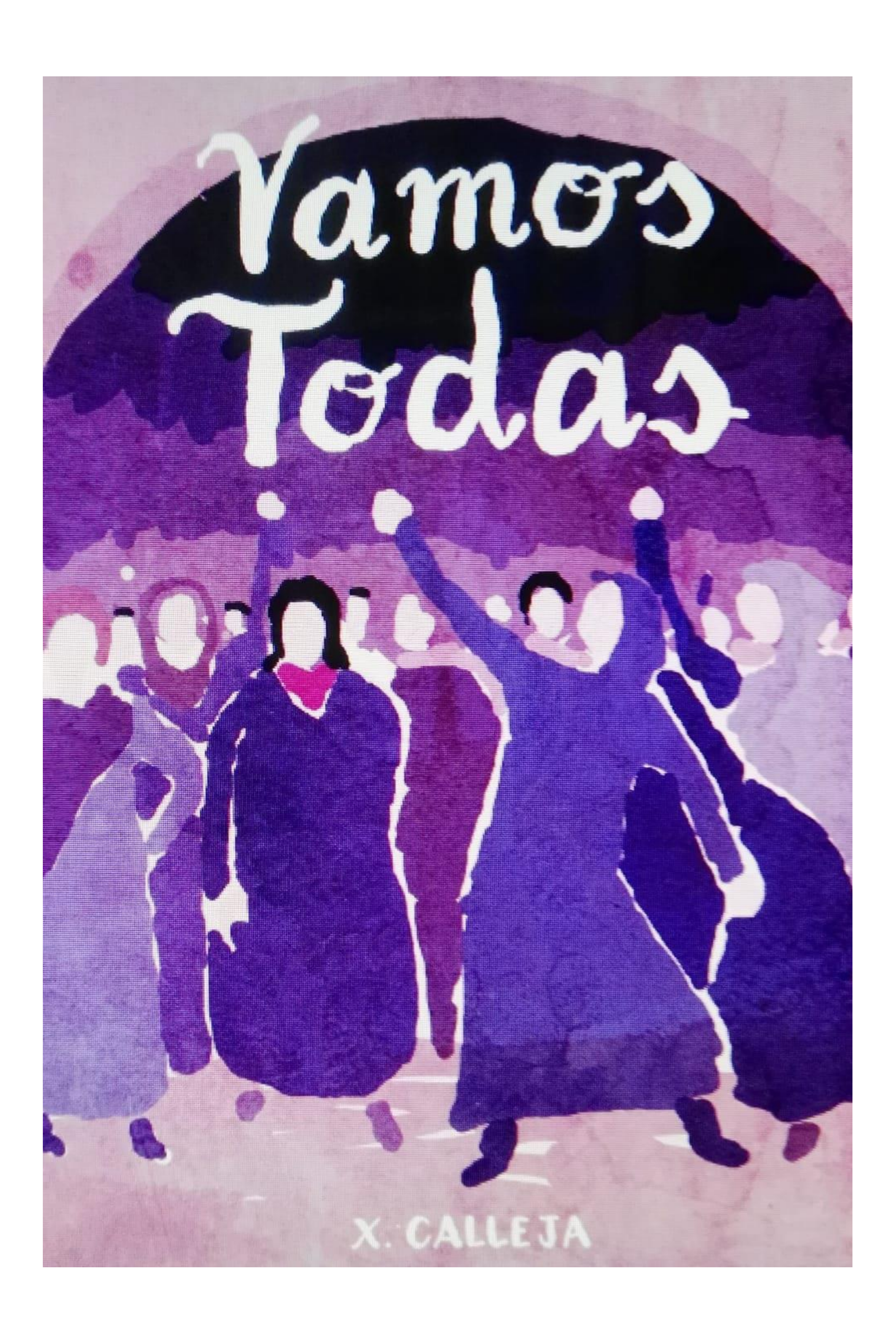
—Pero palos nos van a dar siempre, carajote.

Ethel se levanta, se ajusta la ropa y se dirige hacia la muralla del Campo del Sur. Se detiene frente al océano y se queda pensando en la noche que ha vivido. Las cosas han sido aún mejor de lo que le habían contado.

—Hambre, huelgas, epidemias… —habla Ethel consigo misma—. De verdad, esta gente sabe quitarse las cadenas con cante y con risas.

Se gira y comienza a caminar hacia el Hotel Habana. Una mujer, en la penumbra de un rincón, le hace un gesto obsceno. Sigue andando, explicándole al aire húmedo y al viento de poniente su aventura remojada en vino.

Y se ríe.


Vamos
Todas
X. CALLEJA

Cádiz, 11 de febrero de 1919

¡Esto ya no hay quien lo aguante! Acuérdate de lo que te digo, que dentro de na, el kilo de pan lo van a poner a peseta. Y hace tres años se pagaba a 60 céntimos. ¿Te acuerdas? Acaparadores hijos de la grandísima puta. Y el Gobierno, que nos quiere calladitas. Tiene guasa la cosa. Pues no veas las lentejas. Y anda que el arroz. Bueno, no te digo na con el café. A siete pesetas el kilo, niña. ¿Café? ¿Y quién bebe café, Rosita? Yo qué sé. Así no puedo alimentar a mis hijos. O robo esa pescadilla o comemos adoquines en adobo. Ni bacalao seco veo por ahí.

Eh, Martín, déjame fiao por lo menos un kilito papas, anda, que mañana te lo pago. Mañana no paga nadie, Pepa, mi marido sigue en huelga. ¿Siguen? Pues claro. Hay casi dos mil hombres en huelga en la Constructora Naval desde hace dos semanas. Eso ya lo sé. Pues mientras están en huelga no cobra. Qué desgracia, hija. No hay más remedio, Pepa. O se para tó o no conseguirán ni que les suban el jornal ni que les den permisos pa descanso. Pero dice el Gobierno que con esa actitud, ni negocia ni se baja los pantalones. La puta que los parió. Pues no vamos a parar.

¿Po sabes lo que hicieron en Puerto Real el otro día? ¿El qué, Aurora? Que la liaron en el mercado. Las mujeres. Para que bajaran el pan. Pues eso mismo va a pasar aquí hoy si seguís igual. Que sí, que ya sé que los precios no los ponen los tenderos, pero que se quejen también, que se vayan a protestar al Gobernador Civil, a mí qué me cuentas. Si no les traen harina, pues la tendrán que pedir, no? Vamos, digo yo. Lo que no puede ser es que nos quedemos nosotras aquí mirando. Seguro que el alcalde come pan todos los días. Joé, y lenguao, y pollo, y huevos.

Esto está calentito, Remedios. Hacer el favor de tranquilizarse. ¿Tranquilizarme yo? Mi prima es una de esas setecientas cigarreras, ¡setecientas! ¿eh?, que han parado en solidaridad con los de astilleros, los de Matagorda, los trabajadores del contratista que está con la obra del puerto, los basureros, los carreros… Calla, Remedios, calla, para ya, chiquilla. Que ya vendrán tiempos mejores.

¿No te acuerdas de lo de ayer, Rosita? Cinco heridos ahí al lao, en medio de la calle, con brazos rotos y brechas en la frente. Y eso fue ayer, el primer día de huelga general. A ver qué pasa hoy. Y no me amenaces con llamar a los guardias si no quieres que me ponga nerviosa de verdad, que a mí un guardia urbano no tiene que tranquilizarme, yo solo quiero que me dé algunas habichuelas para echarle a la olla. Un puñado de garbanzos, hijo, por favor, maldita sea. Que llevamos comiendo hinojo mojado dos semanas, y mi suegra muriéndose en casa con la gripe. Me cago en la leche que mamó el demonio. ¡Que no! ¡Que no tengo ni 3 perras gordas pa pagarte! ¿Cómo quieres que te lo explique?, que está toda Cádiz en huelga desde ayer. No vamos a ver una perra en no sé cuánto tiempo. Y la Guardia Civil patrullando las calles como si fuéramos a invadir Madrid. ¡Que necesitamos papas y pan!

*****

¡Uy! la Inés le está tirando el puesto al aprovechao del Quintero. Ya está ese llamando al guardia. Po toma, y al carajo las lentejas. Tiradlas al suelo. ¡Mujeres, vamos! Ay dios, ayúdanos. Lo siento, Quintero, hoy dios no te va a ayudar. Vamos a desmontar los puestos. Venga, mujeres. Que me querías cobrar treinta céntimos por dos zanahorias, sinvergüenza.

A la mierda tus verduras. Ahora a recoger los garbanzos del suelo uno a uno. ¿Que tú también tienes que alimentar a tus hijos? Pues lucha con nosotras y no te quejes tanto.

Mari, Mari, que viene el guarda. Me da igual, que venga. ¡Que no me calmo, caballero! ¿A prevención dice que me va a llevar?, no me da la gana. Y usted no me lleva a ningún lao. Pero... Ay, ah, ¿qué hace, cabrón? ¿Quién se cree que es para abofetearme? Hijoputa el guardia. Perro. Hijo de mil putas, ¿a una mujer le va a pegar? Suéltame. Suéltame. Ay, maremía, que he visto volando por ahí un pollo y le ha caído a Ramón el pescaero en to lo alto. Esto se está desmadrando. Mira, mira, mira, le han roto el tenderete a Servando. Normal, ese gachón es de los que guarda papas en su casa para vendérselas a los marqueses de la Alameda. El tío guarro.

¡Niña! la Guardia Civil. Eah, ya estamos todos. Ofú. Mira, ese dice que es el jefe. Decirle lo de la bofetada que le ha dado el vigilante a la Mari. El mierda ese que lleva la gorra, señor guardia, que se cree el mandamás de la plaza. A ver quien te crees tú que eres ¡perro!... venga, pal cuartelillo ¡Mujeres!, dejarle sitio a la guardia civil pa que se lleven al guarda. ¡Anda, irse!, que se vais a empapar de escupitajos. Po de aquí no sale ese demonio sin que yo le de un guantazo. Déjalo Mari, chiquilla, que ya se lo llevan palante.

*****

¡Venga! ¡Vamos todas! Ay, niña, que por ahí vienen más civiles. Que esta gente viene a repartir porrazos. Cuidaíto. Pues vámonos pa gobernación. Vamos, Juani, Aurora. Llámalas a todas, que vamos a decirle cuatro cosas al gordo del Gobernador. ¡Que así no se puede vivir! ¡Queremos pan! ¿No sabéis más frases de las huelgas para gritar? ¿Dónde está la Mari? que esa tiene más arte pa estas cosas. Allí está, en el grupo de atrás. Uy, pero si ya somos lo menos cincuenta mujeres. Pues verás como somos cien cuando lleguemos a la calle de la Aduana, verás.

¿Qué ha dicho esa? No sé, hay mucho ruido y están todas en la puerta. Solo ha entrado Aurora y la Mari. Mira, ahí salen. Callarse, joé. Callarse un momentito. Que el gobernador me ha dicho que va a solucionar lo de los precios. Ole el Bono. Viva el Gobernador. ¿Pero qué hacéis, chiquillas? Ni que nos fuera ahora a regalar las lentejas. Hija, Juani, pero por lo menos va a parar un poquito este robo y este abuso. Pues yo no me lo creo. Vámonos al Ayuntamiento por Canalejas. ¡Vamos todas! Espera, espera, mira el tranvía que va pa San Fernando. Vamos a pararlo. Pobrecito el tranviario, y los viajeros. ¡Mis hijos primero! Chiquilla, tranquila. Hay que prenderle fuego. Vamos. Isabel, que te coge el tren. Ayudarme, joé. El maquinista está gritando algo. Me da igual. Vamos todas. Que vaya patrás. Que tire pa Argüelles. Oye, mira, el pobre está asustado. Está dando marcha atrás.

Ya llegan más civiles. Cuidarse. Yo me escondo en la casapuerta. De esconderse nada. Vamos todas. Acabo de ver un adoquín volando pa ellos. Ay, dios mío, la que se va a liar.

Mierda, que están pegando tiros. Hijos de la grandísima puta que os parió, cobardes. Disparando a mujeres indefensas, ¡maricones! ¡que estáis matando a vuestras madres! Nos van a matar. Como si no estuviéramos muertas ya, Elisita. Tira palante, anda, vamos a liarla a la plaza Isabel Segunda. Mira, se nos están juntando gente de los astilleros. Y cigarreras. ¡Eh!, yo a esa la conozco.

Po ese se ha llevao una buena pedrá en la cabeza. Que se joda. Toma, Mari, que llevo más piedras en el cesto. Pero ¿qué hacen esas tiendas abiertas?. Hay que cerrarlas, Tomasa.

Diles que cierren o les reventamos los escaparates. Tírale a ese, por esquirol. ¡Cobarde! Que se enteren que estamos hartas, que tenemos hambre. Y como no ganemos le rompemos la casa al alcalde. A tomar por culo. Dame más piedras, Tita. Coger ustedes también. Hay piedras por todas partes. Nos van a fusilar. Calla, arpía. Tú tírales a ellos, a la cabeza. Son unos zagales asustados con fusiles. Pobrecitos sin conciencia. La rabia la tenemos nosotras.

Quilla, que somos mucha gente ya. Mira patrás, Juani. Mira qué de gente. Y ¿esa bandera que lleva la Pepi? ¿Eso de qué es? Yo qué sé. Es la bandera de las que estamos aquí. Pero si es un trapo. Es igual. Tú dale palante. Mira la nubes negras que vienen por ahí. Verás tú la que va a caer.

*****

Ojú, ahí están pegando más tiros. Y esos no son de la Guardia civil. ¿Viene todavía más gente o qué? Po parece que sí. Son compañeros que están ahí en esa esquina de la calle Colón. Sí, yo he visto a alguien. Se van a cagar los guardias los tíos mierda. Eso va a ver una masacre. No mujer, con que le den a uno en una pierna, tú verás como se van. Pero niña, ¡que son disparos de verdad! Corre, corre, Adela. Vente pacá. ¿Qué hace ese corriendo pal muelle? Míralo, ha tirado la pistola por ahí. Van detrás de él. Verás como lo cojan. Son tres, Mari. Chiquilla, ¿qué hacen? Que se van al agua. Ay, que se han tirado al agua. Normal, no quieren que los cojan.

Ay, dios mío, que le han dado un culatazo en el pecho a Paquito el Largo. ¿A quién? A un carrero de los que están en huelga. Se nos juntaron ahí en Canalejas. Maldita sea la estampa de la Guardia Civil. Ja, pues esos dos se han llevado una buena pedrá. ¿Y los han matado? Qué va, hija. Les he visto que se levantaban. Pues a Paquito se lo están llevando pa su casa entre unos cuantos, pero los civiles les están persiguiendo. Oye, que me dicen que el alcalde nos va a multar por alborotar en la plaza de abastos. Pues que nos multe, que le vamos a pagar con arena de la playa. No, no le habéis entendido. Que dice que va a multar a los de los puestos que estaban subiendo los precios por su cara bonita. Ah. Y yo me lo creo.

Quilla, está empezando a llover. ¿Llover? esto es el diluvio que empieza. Y ahora qué hacemos. Pues nos mojamos, ¡qué tendrá que ver! ¡Que no nos pare la lluvia! Hay que continuar. Vamos para la estatua de Moret. Hay gente de la Constructora Naval parapetados ahí a tiros contra la policía. Po dice la Aurora que han pedido más refuerzos a la Guardia Civil. ¿Y qué te creías tú? si estamos en guerra, hija. Buf, le han dado a una en el hombro. Ay, la Negra, la pobre, que le han dao. ¡Está sangrando mucho! Llevársela a la Casa de Socorro, coño. Correr. A mí me da miedo esto, Juani. Piensa en tu hija, tienes un bebé. Piensa en su porvenir.

La tromba que nos está cayendo, chiquilla. Estamos en febrero, qué le vamos a hacer. Ahí viene otro tranvía. Vamos a pararlo. Otra vez les están tirando piedras. Tener cuidao con los maquinistas. Y, entonces, qué hacemos. Pues vamos a romper las vías. ¿Cómo? Mira la Blasilla, se ha subido en lo alto del tranvía. Está gritando algo. ¿La jaleamos? Pues claro. ¡Esa Blasilla! Qué mujer, ¡qué poderío, chiquilla!. El tren se ha parado. Ole. Pa Argüelles otra vez. Hoy no llega ni un tranvía a San Severiano.

Se están llevando en camilla a dos guardias, uno con un golpe en la cabeza y otro con una raja en la cara, ¿los ves? Y a mí qué me importa. Ya estamos hartas. ¡Vamos todas! O bajan los precios o le metemos fuego hasta al Ayuntamiento.

Que dice que el Gobernador acaba de citar al comité de huelguistas de los Depósitos Francos, que a lo mejor aceptan las condiciones que estaban reclamando. También se están reuniendo con los de la Transatlántica y los de la Constructora Naval. Quieren calmar los ánimos. Pues, Paqui, serán los ánimos de los huelguistas, pero nosotras estamos aquí por el pan, por los garbanzos, por el pescao. Bueno, vamos a esperar a ver qué pasa.

Llevamos cuatro horas en la calle. Me duele la barriga. Y yo me estoy meando, Chari. Ahora vengo.

Parece que está la cosa más tranquila ahora ¿no? No se oyen más disparos. Pues ahí hay un guardia en el suelo con la cabeza abierta de una pedrá. ¡Uh! ese se ha quedao tieso. No, no, mira que se está levantando solito. Adela ha visto a un trabajador con un sablazo en la pierna. Horroroso cómo estaba. Y a mi Jose le han dado un balazo en el vientre. Ay, mi sobrino. Se lo han llevado al Hospital de Mora pa operarlo. Y ahora qué hacemos. Los del comité de huelga siguen ahí dentro con el Gobernador. Me acaban de decir que en La Isla también se está formando una gorda y que como aquí está toda la Guardia Civil, están mandando pallá a la Infantería. Ay, madre.

Escúchame, Mari, vengo del hospital y allí hay veinte hombres heridos. Con balazos en las piernas. Son las siete de la tarde. Vámonos para casa ya. No hay ni tiendas abiertas. A ver qué se cena hoy. Po agua de pozo, Isabel... o alpiste.

Mañana dirá el Diario que el señor alcalde ha puesto orden, que no se temen más jaleo, aunque la huelga todavía sigue. Claro. Aquí no ha pasao na. ¡Niñas! Que la Aurora dice que vayamos pa la estación, que hay vagones enteros llenos de papas. ¡Vamos! ¡Vamos todas!

*****

Aurora. Qué quieres, hermana. No se oye ya nada. Eso es bueno. ¿Es buena señal? Yo sigo un poco con la angustia metía en el pecho. ¿Podremos dormir ya?, son las dos de la madrugada. ¿Hueles eso? El qué, Aurora. El horno. La leña. Están haciendo pan.


EL HOMBRE
DE LOS DOS
CORAZONES
ZIGONAUTAS
X. CALLEJA

I

Desde el baño oye las voces y gritos excitados de sus compañeros. Sillas que se arrastran. Vasos que chocan. Carcajadas de guerreros.

Tharsis termina de mear y el bip del flusher silencia todo lo demás. Se dirige al lavabo. Apoya las manos acercando la cara al espejo. Mira con detenimiento sus dientes, el recorte de la barba. Es el único en su unidad que lleva barba.

Da un paso hacia atrás y admira los músculos desnudos. La parte superior del mono está desabrochada y le cae sobre las caderas, como si estuviera cambiando de piel. Siente el calor del nuevo tatuaje, un corazón gemelo situado en el lado derecho de su pecho. Lo palpa. Se mira a los ojos abriéndolos exageradamente, y se hunde en el interior de las pupilas.

Cuando sale del urinario, la escena en la cantina permanece prácticamente como la había dejado. Sus compañeros del IV Escuadrón de la Militas-Madiaq, desparramados por el salón, jugando a las cartas, bebiendo TripleZetas y contando paquetes de anfetamina en polvo. Sentada en el suelo y con la espalda sobre la puerta que da al patio de armas corporativo, sigue la joven asiática, sorbiéndose los mocos en un lloriqueo apenas audible. Y al otro lado del mostrador, intuye que Martio sigue encima de Nawal, la camarera, por los gruñidos de uno y los quejidos de la otra.

El intendente Nibelungo sujeta una jarra de TripleZeta con la mano envuelta en las bragas de la asiática y habla desde la barra.

—Lo siento, picha, pero que un tío de Tetuán se ponga a componer bolerones al estilo gaditano... tú sabe...

—Pues el Chungo era de Tánger y cantábamos sus coplas cuando éramos unos niñatos —dice Tharsis mientras camina hacia la barra, incorporándose a la conversación.

—Cuando éramos niñatos, mi padre, además de cosquis y patás en la espalda, me daba una copita de anís con agua y después se ponía todo el repertorio del Chungo... —responde Numantino, mojando un dedo en uno de los paquetes que tiene sobre la mesa.

—El Chungo era un basurilla. El hijoputa escribía bolerones y chuflas que defendían la paz entre los pueblos y mierdas de esas —El que habla es el mayor de todos, el sargento Queipo, y recoloca las cinco cartas que tiene entre sus manos.

Tharsis se da media vuelta y coge una jarra vacía, se estira sobre la barra para alcanzar el grifo al otro lado y se sirve otra TripleZeta. Cuando se gira hacia las mesas, vuelve a hablar:

—Da igual de donde sea Martio, me cago en tó. Es uno de nuestro escuadrón, como tú y como yo. Y si hay que reprogramar el wisalláh pa apoyarle, pues se reprograma.

—Del tirón, Tharsis. Tú sí que eres buen compañero —grita Martio desde el otro lado de la barra.

El wisalláh de los seis miembros del IV Escuadrón vibra en sus bolsillos. Todos consultan la notificación simultánea que envía el teniente T.J. Ashtray.

—Por fin, carajo —exclama Queipo tras leer el mensaje—. Hora de divertirse de verdad.

Los gritos de euforia de los demás se confunden con el bramido final de Martio, que poco a poco, por fin se va levantando, se seca el sudor y termina de vestirse. Y dice:

—Vamos a necesitar bailarinas, droguita y algún vagabundo para la fiesta de despedida. ¡Tenemos dos días para lubricar las pistolas, chavales!

Suena la sirena que marca la medianoche. Entre Queipo y Numantino arrastran a la asiática hasta una silla, apartándola de la salida. Abren la puerta y el fresco de la noche de noviembre les da en la cara. Se abrochan apropiadamente el mono militar. Tharsis se entretiene un instante para vomitar en una esquina del salón. Justo en ese momento, le sorprende el sonido de una nueva notificación. Pero ésta es solo para él. Trata de incorporarse y saca su wisalláh. Mira el mensaje y se estremece. Es mamá. Mamá y las tatas. Todas juntas. Desde Ceuta.

—Felicidades, pichita mía. ¿Te creías que nos íbamos a olvidar de tu cumpleaños?

Cuando levanta la vista, ve a Nawal que va saliendo a gatas por el hueco de entrada al mostrador.

II

Notificación digital, vía wisalláh. 14.NOV.2121. 23,58h

De: Mando unificado del Consorcio de Seguridad West-Med.

A: Teniente en cargo de la Compañía de intervención de Militas-Madiaq.

Se informa de que el próximo 16 de noviembre de 2121 la Compañía de intervención Militas-Madiaq, perteneciente al Consorcio de Seguridad West-Med., acometerá protocolo de desalojo total de sujetos no identificados en el paraje denominado GEA 3, en el saco interior de la Bahía gaditana, sobre estratos de interés corporativo y en zona de sensibilidad 2 respecto a infraestructuras consorciadas.

Se adoptará la Enmienda HQ para garantizar la seguridad de nuestra compañía y se autorizan todas las medidas de combate disponibles con el fin de evitar posibles reintentos de ocupación.

Participarán en la operación: El IV Escuadrón, con base actual en las Islas Gaditanas, encargado de la fase militar de entrada, despeje y consolidación. Tras la acción de desalojo, este escuadrón quedará en custodia del área de intervención por un periodo no inferior a siete días, como fase conclusiva del protocolo. El III Escuadrón, con base en Sagres, para labores de transporte, aporta ocho vehículos todoterreno del tipo Jordan, incluyendo uno de soporte y otro de comunicaciones. Conforme a normativa de la West-Med, esta intervención contará además con la presencia de una brigada de apoyo de seis reclutas armados en fase de prácticas evaluativas. Las instrucciones para estos empleados rigen exactamente igual que para el resto de la tropa y dependerán jerárquicamente del sargento Queipo, en mando del IV Escuadrón.

A partir de la recepción de este comunicado se emplaza a cada empleado involucrado a:

· Validar el Documento Póstumo en su carpeta digital.

· Recoger el combo fármaco de la acción, firmando el documento de responsabilidad de uso.

Mucha suerte.

Fdo. Teniente T.J. Ashtray

III

Conversación entre Nawal Sanchís y Chi-Wae-Jung, grabada por Data-Madiaq. 16 de noviembre de 2121. 09,46h.

NAWAL: Míralos, Chi. Ya se van.

CHI-WAE-JUNG: Po seguro volver pronto...

NAWAL: Ojalá pisen una mina y se vayan tos al carajo.

CHI-WAE-JUNG: Sí. El carajo.

NAWAL: Y sus familias ahí, aplaudiéndoles, como si fueran héroes.

CHI-WAE-JUNG: Ellos ganar dinero puto.

NAWAL: ¡Qué va! Les llega para comer, pastillas y poco más. La empresa está arruinada, pero no lo dicen. Nos dicen que están ahí para protegernos. Eso no hay quien se lo tragüe. A saber a dónde van y pa qué.

CHI-WAE-JUNG: Yo creo ellos son la gente mala.

NAWAL: ¿Quién, los soldaditos? Ya te digo. Mírate cómo tienes la cara.

CHI-WAE-JUNG: ¿Pero por qué gente mala? ¿Para qué?

NAWAL: Yo qué sé. A lo mejor, las palizas que les daban de chico...

CHI-WAE-JUNG: ¿Palizas?

NAWAL: Ojú, cantidad. El padre de uno le daba por culo. Lo sabía tol barrio.

CHI-WAE-JUNG: ¿Tú conocer a ellos antes?

NAWAL: A dos o tres. Son de mi distrito. Y ya te digo, unos desgraciados. Eran los tarugos del colegio. Se llevaban to los cosquis.

CHI-WAE-JUNG: Ahora es venganza.

NAWAL: Bueno... venganza y rabia y lo que haga falta. En la fiesta de la última campaña se follaron a uno de ellos entre tres. ¡Pero con la punta la pistola, Chi! Habían estao discutiendo de la misión y no se qué y por lo visto en los baños llegaron a las manos y al final lo violaron... entre ellos mismos....

CHI-WAE-JUNG: Oh, muy mal. Qué dolor.

NAWAL: ¡Diles adiós, Chi! Mueve la mano. Como yo. Creo que nos están grabando. Diles Adiós.

CHI-WAE-JUNG: ¡Adiós, cariño! Volve pronto.

IV

Desde la posición de Tharsis se puede ver la explanada que hace de centro del poblado y, en medio de la humareda, tres jóvenes desangrados en el suelo, inmóviles, al sol. Cerca, junto a una montaña de neumáticos, hay una mujer mayor con la cabeza abierta. Un perro husmea el aire y, a continuación, mueve con el hocico la cara de la mujer, tratando de despertarla de la muerte. Aparece Numantino arrastrando por los pelos a una muchacha hacia el vehículo de soporte. La niña aúlla blasfemias con acento cerrado. Más allá, Nibelungo se saca una ampolla de un bolsillo, le arranca el extremo superior de un mordisco y vierte el contenido en el pozo. Un humo negro comienza a salir de una de las chabolas que rodean la explanada y en cuestión de segundos aparece una familia toda abrazada, tosiendo y llorando. El sargento Queipo da una orden y los miembros de la brigada de apoyo descargan una ráfaga de fuego que acaba con la familia en la puerta de su hogar en llamas. Algunos aprendices celebran eufóricos su puntería.

En su esquina, Tharsis tiene la mirada perdida. Le zumban los oídos y apenas puede quitarse de la cabeza la imagen de Martio, con el uniforme de la Militas-Madiaq por las rodillas y una fuente de sangre manando de su garganta. Tharsis lleva todavía la pistola en la mano, pero ya no dispara. Hace rato que ya no se escuchan tiros y Numantino ha reventado la cabeza de la niña asesina de Martio a base de culatazos. Parece que no quedan más salvajes con vida en los alrededores.

El olor de la carne quemada se eleva por todo el asentamiento y el destacamento da por concluida la primera parte de la misión. Sin embargo, Tharsis capta un leve movimiento tras la ventana de la choza de chapa y corcholito que tiene enfrente. Aborda la vivienda dándole una patada a la puerta. Cuando recobra la visión en la penumbra del interior, el soldado asimila que delante tiene a una mujer que le apunta con un hacha de cortar leña. La mujer le mira a los ojos y coge aire con fuerza. Podría ser su madre. Los latidos del corazón de Tharsis ocultan el ruido de la detonación de su Carlsberg 9mm. La bala ha entrado en la cabeza de la vieja a través de la nariz, abriéndole un agujero del tamaño de una manzana, que ahora expulsa sangre y restos de cerebro y huesos antes de desmoronarse.

¡Podría ser su madre! Es lo último que piensa Tharsis antes de vomitar sobre los trozos rotos de la puerta destrozada.

V

Extracto de la notificación del intendente Nibelungo, sobre el desalojo y culminación de la primera parte de la misión. 18 de noviembre de 2121.

“(…) unos hijos de puta. Mataron a Martio (…) Sí, ese: Martín Kobayashi Garrigues era su nombre real. Le cogieron por sorpresa. Estaba distraído, ocupándose de una tía. Dicen que otra puerca se acercó por detrás y le rebanó el cuello. (…) Una verdadera tragedia. (…) No. Para nada. Si acaso, el soldado Tharsis, que no damos con él. Por ahí estará.

(...) Terminar con la limpieza del pueblo costó cuatro horas. Descontando esas dos bajas, ningún herido. (...) De los habitantes del asentamiento, no queda nadie con vida salvo una chavala de catorce o quince años, que está siendo interrogada por Numantino y por el sargento Queipo. Está encerrada en el vehículo de soporte. (…) Está histérica y no habla. (…) En todo caso, sustraerle los datos genéticos no será difícil.

Importante: La reserva del combo fármaco se nos está agotando y la tropa está un poco ansiosa, (…) son cinco días los que nos quedan aquí por protocolo. De hecho, han pedido que nos traigan más ansiolíticos y dos o tres cajas de Sbodritzias u otro adrenérgico similar. (…) Por mi parte, como intendente, no lo veo mal (…)”.

VI

Comunicación del sargento Queipo, vía wisalláh. 23 de noviembre de 2121.

(…) El intendente Nibelungo recuerda que vio salir a Tharsis con la cara blanca y la mirada perdida. Y sin decir nada, se volvió y le prendió fuego a la choza. Nadie sabe qué le pasó ahí dentro, pero tampoco le preguntamos. Estábamos demasiado alterados como para comernos la cabeza por algo así. (…) Aquella noche no le echamos mucha cuenta, pero ahora que lo pienso, estuvo callado todo el rato y apenas reía con nosotros. Puede que le afectara demasiado la muerte de Martio. Yo qué sé. (...) El cabo Retinto, del III Escuadrón, recuerda que durante la fiesta del día siguiente lo vio dando vueltas en círculo, cerca del gallinero. Esa fue la última vez (...).

De verdad que hemos peinado la zona. Un radio de dos kilómetros. (…) ¿Qué estaría haciendo? ¿De caza? (…) Mira, me da mucha pena dar por perdido a Tharsis, pero la misión termina hoy y la Compañía tiene orden de regresar. Las cosas del documento póstumo están en orden (...) La fiesta, sí, podría ser. Fue un poco descontrol. (…) Drogados estábamos todos, claro. Hasta las orejas. Pero él...no sé. No creo. Yo qué sé. Sí. Podría ser. (…) Es una putada, vale. Lo siento. Pero nos vamos a casa. Sin él, y sin Martio, pero nos vamos. Dos bajas. Qué se le va a hacer. *Fortes fortuna adiuvat.*

VII

Extracto del diario personal de Jara (16 años), superviviente de la matanza.

(…) Lo encontramos en el molino. Estaba como muerto y nos asustamos mucho. Llamamos al resto y dijeron que lo metiéramos en la cueva hasta que pudiéramos bajar al Cortijo, cuando se fueran los vehículos de militares. (…) Se ha llevado varios días con una fiebre altísima y no comía nada. Desde que se despertó, hace dos días, no ha dicho palabra. A veces llora como un bebé por las noches. Durante el día duerme y come y se rasca las ronchas que le han salido por todo el cuerpo hasta hacerse sangrar. (…) Le he preguntado a mamá por qué damos cobijo y de comer a un asesino. Él estaba con los que han acabado con mi pueblo, con los que han destrozado nuestras cosas (…). Pero mamá dice que la gente libre no somos así. Que la gente libre, desde los Días del Inventario, no somos gente vengativa. (…) Dice mamá que lo más seguro es que se haya vuelto loco (…).

VIII

En la última pesadilla de Tharsis, la camarera de la cantina, Nawal, se inmola dentro de la choza, mientras folla con él. Se había rellenado las tetas con dinamita. Justo en el instante de la explosión, la cara de Nawal es la cara de su madre. Y mientras todo estalla, escucha las voces de sus tías y sus primas, allá en Ceuta, felicitándole por su décimo octavo cumpleaños. Tharsis quiere quitarse de encima a Nawal-mamá, con el pecho destrozado. Entonces ve que el pecho es una puerta y se adentra en él.

Tharsis se despierta sudoroso en una choza parecida a la que aparecía en su pesadilla. Se palpa el cuerpo en busca de su wisalláh y su Carlsberg 9mm. Pero no encuentra nada. Ni siquiera lleva el uniforme. Siente hambre. No tiene noción del tiempo. Se palpa el tatuaje del pecho, como si temiera haberlo perdido también. Pero ahí permanece, caliente, su corazón derecho.

Le duele la cabeza y le sube el olor de haberse meado y cagado encima. Intenta incorporarse, le entra vértigo y se vuelve a desmayar.

Siente en la cara un paño húmedo que huele bien y que le alivia el aturdimiento. Los dolores siguen ahí. Y los recuerdos también. Otra vez las arcadas. Las mismas náuseas que le hicieron vomitar cuando disparó en la cara a aquella mujer. Trata de tranquilizarse.

El calor de un fuego amable diluye su ansiedad. Le llega el olor de un caldo. Alguien se acerca para dárselo. Tharsis se incorpora como puede. El resplandor desaparece y enfoca. La silueta que ve adquiere volumen. Es una mujer redonda, pequeña. Huele a cabra. Una salvaje.

Busca de nuevo la pistola que no tiene. La bilis le sube hasta la garganta. Podría ser su madre. El soldado hiperventila. Quiere gritar, pero no tiene voz. La mujer se arrodilla junto a él y le acerca un cuenco que humea. Tharsis ve cicatrices, unas ojeras marcadas y pelo sucio, con restos de paja y ceniza. Ella no habla. Él tampoco. Agarra el cuenco y sorbe con cuidado. Lloriquea. Nota cómo los pies se le van calentando poco a poco.

Escucha que llegan a la choza tres niñas. Traen mantas y una garrafa con agua. Sus vocecitas le revuelven el estómago. Una tiritona le atenaza. Ni siquiera puede pensar en que sean sus enemigas.

IX

Fragmentos del mensaje enviado al pueblo de Vieja Tavizna el día 26 de noviembre de 2121.

(…) Cuando el sol comenzó a ponerse, lo desnudamos y lo atamos a una silla. Le obligamos a beberse una infusión de estramonio. Yo le aguanté la cabeza y Marina le echó el líquido directamente en la garganta. Le rodeamos en corro. Caminamos a su alrededor despacio, diciendo los nombres de sus víctimas. Cuando terminamos de decirlos, comenzamos a hablar de ellas. Cuántas vidas habían traído al mundo. Si eran personas sabias, alegres o les gustaba cortar la leña. Íbamos señalando ese tipo de

cualidades. A mí me tocó hablar de la Ulia, que era nuestra vieja matrona. Mientras hablábamos, llorábamos. (…) Cuando Selva le escupió a la cara, el resto hicimos lo mismo. Por orden. Después, nos calentamos. Yo lo agarré de los pelos y empecé a zarandearle la cabeza gritándole. Le abofetearon, le arañaron la cara con las uñas. Unas crías le daban patadas en las espinillas y le gritaban en los oídos. Alguien le dio un puñetazo que le rompió el labio, pero el segundo golpe se lo pararon. También hubo quien, queriendo matarlo, se lanzó hacia él intentando tirarlo al suelo con la silla, pero también lo impidieron. El hombre nos miraba con los ojos muy abiertos, desencajados, pero no protestaba ni hacía ruido alguno. (...) Antes de irnos a dormir, la cabrera se puso a cantar:

Nosotros vamos unidos

Nosotros no nos matamos

Nosotros somos el luego

Y ustedes son del pasado.

X

Fuera de la choza, sentado en el suelo, Tharsis se acaricia la barba, que crece ajena a la angustia de verse abandonado, ajena a las manchas de sangre, aullidos y restos humanos que aún perviven en su retina. Es capaz de notar cómo los vellos se abren paso sin miedo a lo que ocurra al alrededor. Se acaricia el corazón tatuado y lo siente latir con fuerza. Abajo, junto a sus pies, una brizna de hierba asoma su punta verde entre dos piedras. Parece saludarle. Esa hoja puntiaguda se yergue, como su barba, en busca de futuro y supervivencia, indiferente ante los horrores. Todavía siente el olor a quemado, todavía sufre los rastros de la matanza, pero la hierba sigue su camino de vida, estirándose hacia el cielo. Una hormiga roja cruza las dos piedras que soportan la hoja de hierba, tirando de la pata de un escarabajo muerto. Lo traslada hacia su hogar, a tres palmos de donde él se encuentra sentado. El soldado sigue el recorrido afanoso del insecto hasta que éste se introduce en el hormiguero, donde le esperan sus compañeras, que dejarán la presa en sus cocinas para que fermente y pueda alimentar a toda la colonia. Le distrae ahora una avispa que pasa por delante y se posa en una flor morada. Puede oír cómo succiona el néctar. Entonces, Tharsis levanta la cabeza hacia el sol, cierra los ojos, piensa en su familia.

Toma aire profundamente y rompe a llorar. Llora y llora hasta que se queda vacío por completo.

XI

Comunicación del ingeniero Bulldozer, mientras se analizan las imágenes captadas por el dron HmVI el día 30 de marzo de 2122, en el enclave conocido como Los Gazules.

(…) En este nuevo asentamiento calculo que hay unas veinte personas. Puede que sean supervivientes del enclave GEA-3. Y, entre ellas, me ha parecido reconocer a uno de la Militas-Madiaq. (…) Yo sé quién es. Es el puto Tharsis. Está claro que es él (...). Pero, mira bien, está ahí agachado entre las plantas esas. ¿Qué son, lechugas? ¡Qué asco! (…) A ese capullo se le ha ido la puta cabeza. Míralo ahí, riendo entre mujeres. Además de traidor, el cabrón de Tharsis se ha vuelto maricón, seguro. Me cago en su puta madre la mora.

XII

Actas de la asamblea de comunidades libres celebrada en Vieja Tavizna. 12 de septiembre de 2122.

(…) Punto 9. Fiestas. Especialmente emotivo ha sido el romance épico con que nos ha deleitado una compañera del pueblo errante. El poema, llamado ‘el Hombre de lo Dos Corazones’, cuenta la historia de un exsoldado, aquí presente, que desertó de su escuadrón después del asalto al asentamiento donde vivían nuestros hermanos. Tras el recital se ha abierto un debate sobre si el romance simboliza, o no, la

decadencia del sistema que tanto daño hizo a nuestra tierra y a nuestra gente. Tanto nos ha gustado que reproducimos el texto íntegramente a continuación. Empieza así:

"Desde el baño oye las voces y gritos excitados de sus compañeros. Sillas que se arrastran. Vasos que chocan. Carcajadas de guerreros (…)."


X. CALLEJA
PRESENTA
AQUELLA
MANCHA
EN
LA
PARED
Ediciones
ORÁCULO

Nadie sabe qué fue de Eduardo García-Duque Arbolí. Ni siquiera yo, que estuve con él hasta el último momento. Antes de que archivaran el caso, tuve que soportar meses de sospechas y habladurías. Las principales hipótesis se centraban en un ajuste de cuentas de la mafia, un secuestro del GRAPO, o directamente, que se había quitado de en medio por las deudas. Pero nada. Eduardo no dejó ningún rastro.

Hablar de aquella mancha en la pared y del ladrillo no habría sido de gran ayuda en la investigación. Y contarle a la policía unas aventuras con albañiles esotéricos, videntes punkies y fantasmas anarquistas no resultaba nada convincente ni conveniente. Al contrario, habría sido peor para mí.

Por eso he callado esta historia tanto tiempo. Han pasado más de veinticinco años y ya me queda poco de vida, me siento en paz conmigo mismo y ya no tengo miedo. Es momento de contar todo lo que sucedió en torno al número 15 de la calle Cardenal Zapata.

Eduardo había comprado aquella finca, en pleno centro de Cádiz, a principios de otoño de 1993. En febrero del año siguiente, la reforma del edificio daba comienzo. En cuanto llegué de un viaje a Barcelona, fuimos a echarle un vistazo.

—Si no se nos muere la vieja todavía estamos esperando para meterle mano a la obra —comentó Eduardo mientras bajábamos la calle San Francisco—. Menos mal que su hijo mongolo se ha ido a Paterna a casa de su tía.

—Hombre, yo no diría mongolo. El hombre es sordomudo.

—Mongolo, Josemari. Ese tío es mongolo. Con cuarenta años y en casa de su madre, tú me dirás. Y pagando seiscientas pesetas de alquiler por ese cuchitril. Hasta los cojones de las rentas antiguas…—protestó, apurando su Winston del águila.

—¿Tú crees que al Bizco se le pudo ir la mano con el sustito?

—Qué va. No llegué a llamarle.

—No entiendo por qué no aceptaron desde el principio el piso del Río San Pedro.

—Olvídate de eso ya. Ahora lo que hay que buscar es un comprador.

—El Telera me ha dicho que la faena puede durar hasta verano o algo más —le dije.

—Eso no me preocupa. El problema está en el tema de Dragados. Y los de Marbella, que se están poniendo nerviosos con el retraso en los pagos. Y Varalejo está teniendo trabas con los permisos del Pinar de los Franceses. Este quiere trincar, como siempre.

Llegamos a Cardenal Zapata, en la esquina con José del Toro. Aún estaban montando andamios e introduciendo herramientas y material. El edificio mostraba todavía el abandono de décadas. Los visillos raídos tras los cristales rotos y los marcos desvencijados de los cierros parecían de película de terror. Por un instante imaginé ver a la anciana que había vivido allí con su hijo sordo, asomada como un fantasma.

En el patio había tres albañiles sentados sobre unos ladrillos apilados en torno al viejo aljibe, comían bocadillos y bebían de una litrona. En el transistor se escuchaba la matraca de la Macarena mientras discutían. Nos miraron con recelo.

—Muy buenos días, señores —dijo Eduardo—. ¿Dónde está el Telera?

—En el tercero —respondió con la boca llena uno de los albañiles.

Subimos los peldaños antiguos y gastados hasta ver al contratista de pie ante unos sacos de cemento, anotando números en una libreta. A su espalda, una mancha de color burdeos en la pared desconchada nos llamó la atención. Parecía humedad, pero del tamaño de una rueda de bicicleta.

—Eah, Eduardo, ya tenemos aquí nuestro Cristo.

El Telera sonrió. El jefe no.

—Si lo dices por el Cristo del Cerro del Moro, no me hace gracia tu chiste —Dijo Eduardo, acercándose a la pared y pasando la mano por encima. Todavía se hablaba por entonces del supuesto rostro del Nazareno que apareció el verano anterior en una pared en mitad del barrio. Vino gente de todos lados, incluso la televisión, y los dueños de la vivienda, hartos, acabaron tapándolo con cemento.

—Es humedad, Eduardo —tranquilizó el Telera—. Se soluciona en un momentito.

Terminamos de revisar el edificio y bajamos, dejando entretenido al contratista con lo suyo. Antes de salir, Eduardo se dirigió a uno de los albañiles que escondía un porro en su mano.

—¿Quién es el encargado aquí? —preguntó.

—Yo —respondió el más curtido de todos.

—En cuanto podáis, hacerme el favor de quitar la mancha esa que hay en el tercero izquierda, en la pared entre el salón y la cocina —ordenó Eduardo.

***

Días más tarde, Eduardo me recibió en su despacho.

—Siéntate —me pidió mientras colgaba el teléfono de muy mala gana—. Mimí..., que Amalia le ha montado un numerito de llantos cuando le ha dicho que se tiene que ir de la casa.

—¿Amalia, tu chacha?

—El otro día estuvimos en casa del Ridruejo y su mujer no paró de restregarnos a la nueva asistenta, como ella la llama. Que si sabe inglés, que si es joven y le da vidilla a los niños... Pues ya se le ha antojado a Mimí una igual… Es verdad que Amalia ya ha cumplido los 70 y ya no se mueve igual, pero…, ya ves, la mujer lleva casi toda la vida aquí. Practicamente me crió a mí, y cuidó hasta de mi madre en sus últimos años.

—¿Y qué va hacer ahora?

—Habla con Brenes. Que le busque una paguita. No sé si querrá irse a San Fernando a casa de su hermana.

Eduardo se sacó la pitillera, me ofreció un Winston y cogió otro para él. Se recostó en la silla tapizada en cuero, se encendió el cigarro y cambió de tema.

—Ya tengo posible comprador para la finca, la de Cardenal Zapata. He quedado con él en media hora para enseñársela.

El interesado era un sevillano de pelo engominado y peinado hacia atrás, reloj de oro y gafas de sol. Examinaba cada elemento de la finca mientras Eduardo le convencía de que, una vez arreglado, el edificio podría revenderlo por el doble de su valor. Y así, llegamos al tercer piso.

Primero vi la cara de Eduardo. Luego vi la pared. La mancha burdeos seguía ahí.

—Un momentito —dijo de repente Eduardo—. Ahora mismo subo.

Pude escuchar las voces que les daba a los albañiles en el piso de abajo.

—Son buenos trabajando, pero a veces hay que achucharlos —le dije al sevillano.

Cuando regresó, Eduardo traía mala cara. Como si le hubiera subido la tensión, respirando fuerte y con una desagradable babilla blanca en la comisura de los labios.

—Poca vergüenza. Que le han dado dos capas de cemento, dicen.

—¿No son filtraciones? —comentó el comprador.

—Es simple humedad. Estamos en Cádiz. Lo que pasa es que los albañiles de ahora echan mucha arena. Como si ellos pagaran el cemento.

Al día siguiente, a última hora de la tarde, aún me encontraba en la oficina terminando de ordenar unos papeles cuando el Telera irrumpió en mi despacho.

—¡José María, que a tu jefe se le ha ido la cabeza! Ha cogío una machota y la está liando.

—¿Con los albañiles?

—No, qué va, él solo. Los albañiles ya se fueron.

Llegamos en seguida. Desde abajo se escuchaban golpes. Arriba, Eduardo estaba de rodillas frente a la pared donde había estado la mancha. La corbata por fuera, la machota en el suelo. Sudando.

—Les dije a los albañiles que pintaran la puta mancha delante mía —explicó Eduardo. Que se dejaran de pamplinas. Le dieron cinco brochazos y se largaron. Y ¿sabes qué? Que la puta mancha ha vuelto a salir. Así de rápido —chasqueó los dedos—. Era un círculo, una rueda. Y dentro, varias líneas rectas. Como si se estuviera dibujando lentamente una estrella dentro, o una letra. Yo qué sé.

El Telera ayudó a Eduardo a ponerse en pie. Entonces vimos el hueco que Eduardo había abierto en la pared. Parecía una pequeña cámara oculta. Y dentro, un ladrillo tosco, sin

cementar, situado en el centro, como una ofrenda. Lo cogí. En una cara, en pintura negra, había una inscripción:

«Esperando de una hora a otra la Revolución Social para implantar el Comunismo Libertario. Brindamos con un vino a nuestra madre Anarquía, ayudando al débil honrado y castigando al rico tirano».

Por el otro lado, en tinta roja, tres nombres y una fecha: Luis Gómez, Félix García y Amado Puerta. Cádiz, 27 de noviembre de 1933.

Eduardo me quitó el ladrillo de las manos y lo lanzó sin mediar palabra a los escombros que empezaban a acumularse en el patio. Dio media vuelta y se marchó.

***

Al día siguiente, Eduardo entró despacio en la oficina sin dar los buenos días. Auxi estaba en su mesa, sellando impresos y ensobrando cartas. Yo estaba de pie a su lado, pasando páginas del Diario sin pararme a leer ninguna. Miramos al jefe.

—Vaya carita que me trae hoy, don Eduardo —comentó Auxi al verle entrar.

Eduardo se internó en su despacho y me ordenó que entrara.

Cerré la puerta tras de mí y comenzó a hablar.

—No he pegado ojo en toda la noche. No le digas nada a Mimí. Ella cree que es el colesterol y quiere que vaya otra vez a ver a Bocanegra. Y estoy hasta los cojones de que me diga que no puedo beber, ni comer gambas, que no fume...

—A lo mejor, deberías...

—Lo de la mancha en la pared es algo demoníaco, Josemari —me interrumpió, encendiéndose un cigarro.

—Venga ya, Eduardo. Eso puede ser cualquier cosa. Eso de la anarquía, el vino… Eso es cachondeo, hombre. Cosas de jipis y grifotas.

—Yo qué sé, Josemari. Pero yo no me encuentro bien —Se quedó pensativo un instante—. Y si fuera una gracia... Mira, dile al Telera que despida a los albañiles. Se van a reír de su puta madre.

Miró al techo y soltó una bocanada de humo con un gran suspiro. De pronto, se soltó el nudo de la corbata. Me pareció que sus ojos perdieron color.

—¿Y esos ruidos, Josemari? ¿Los escuchas?

—¿Qué hablas, Eduardo?

—No han parado en todo el día. Venga martillazos.

Comprendí que Eduardo no se encontraba bien.

—¿Qué tal si te vuelves a casa?

—Mimí no los oye. He intentado despertarla, pero ni puto caso.

—Eduardo, ¿qué te pasa?

—Voy a acercarme al cuarto de las niñas por si acaso.

—Por si acaso, ¿qué?

—¿Han dicho madre? —preguntó Eduardo, con la mirada totalmente ida.

—Nadie ha dicho nada —contesté totalmente seguro.

—Será la madre del mongolo.

—Voy a llamar a un médico, ¿vale? Estate ahí tranquilo.

—Me está entrando frío, Josemari.

Cuando llegó el doctor Bocanegra, Eduardo llevaba un buen rato en silencio, mirando la ventana y con breves sobresaltos, luchando para no quedarse dormido. El médico le hizo un chequeo rápido y lo mandó a casa a que reposara.

—Yo no le veo nada raro, Jose María. Puede ser estrés —me dijo—. Que se tome un Termalgín o, si quiere, un Lexatín y que descanse.

Tres días más tarde, fui a visitar a Eduardo. El salón de la casa de los García-Duque González-Byass estaba atiborrado de aparadores, vitrinas, bodegones enmarcados, fotografías de familia, jarrones, soperas de porcelana. Casi escondido entre tanto ornamento había un butacón de cuero marrón que, a su vez, envolvía a un hombre canoso, enjuto. Parecía diez años más viejo cuando en realidad solo habían pasado unos días. El batín le colgaba de los hombros, hecho un gurruño entre los pliegues laterales del butacón. Esperó a que Mimí nos dejara solos.

Palpó el paquete de Winston que había en la mesita, a su lado, pero no se atrevió a cogerlo.

—Siguen ahí, Josemari.

—¿Quiénes?

—Los martillazos, las voces, las pesadillas. Quieren matarme, Josemari. Esa gente sigue persiguiéndome con sus picos, con sus palaustres… Nunca veo escapatoria. Sólo me queda meterme en el boquete del ladrillo, donde está esa mujer, la del mongolo.

—¿Rosario?

—Esa. Rosario. Y también veo manchas por todas partes, y mira lo que me ha salido en la piel —Eduardo se remangó y me enseñó una repugnante pústula en el antebrazo, con el tamaño de un mejillón— Tengo más en las piernas y en la espalda. Me queman, joder, y por las noches me despierto gritando… A las niñas las tengo asustaítas.

Mimí apareció por el salón con una bandeja y dos tacitas de té. La cara de Eduardo, al verla entrar, se ensombreció adoptando una mueca enfermiza.

—Didi, tómate el Termalgín, que te toca ahora —ordenó su mujer con voz maternal.

—¿Ésta qué mierda es, carajo? ¡Yo quiero un café, como siempre! —le gritó.

Me quedé perplejo. Nunca había visto a Eduardo tratar así a Mimí. Ella dio dos pasos atrás, esperó unos segundos en silencio, cogió aire y le respondió firme:

—Tú estarás enfermo, pero a mí no me vuelves a hablar así. Me voy con las niñas a Vistahermosa —Se volvió hacia mí—. Tú no sabes los diítas que me está dando, Josemari.

No supe qué decir.

—Esta mujer... —protestó Eduardo—. Bueno, ahora cuéntame, ¿cómo van las cosas?

—Mal, la verdad —no quise engañarle—. Lo de Marbella no se arregla y Sergei nos ha llamado bien enfadado. También nos han multado por lo del Pinar de los Franceses. Y no te vayas a alterar, pero el abogado me ha comentado que el pleito con Dragados lo tenemos perdido. Podrían embargarte las casas.

Mientras le hablaba, perdió la vista en la colección de soldaditos de plomo que tenía sobre el buró de persiana. Dudé si seguir con el tema.

—Parece que el mal de ojo que me han echado se está extendiendo. Por lo menos, la reforma de Cardenal Zapata seguirá palante, ¿o tampoco?

—El Telera está todavía buscando una cuadrilla fiable. No creo que tarde. Espero.

Entonces, con esfuerzo, Eduardo se dobló palpando debajo del sillón y sacó un paquete envuelto en un pañuelo. Al abrirlo, ante mis ojos apareció el ladrillo. No me lo esperaba.

—¿Ves, Josemari? Esto lo tiré a los escombros. Tú lo viste. Y ahora está aquí. Hace tres noches apareció en el cajón de mi mesilla. Llegó solo. ¡Solo!

Traté de pensar en alguna explicación racional, pero no la encontré. Lo que vi fue una luz tenebrosa en la mirada de Eduardo.

—¿No lo entiendes?

No, no lo entendía.

—Si alguien ha entrado en tu casa, habrá que llamar a la policía —dije sin mucha convicción.

Permanecimos un largo minuto en silencio. Entonces, se levantó a coger el mando a distancia de su flamante Sanyo. Se sentó con la lentitud de un anciano y encendió el televisor. Fui a decir algo, pero con un manotazo en el aire, me obligó a guardar silencio.

Toqueteaba los botones del mando, buscando algo en el Teletexto. Marcó el 664, si mal no recuerdo. Una página de contactos. Adivino. Santera. Tarotista. Futurólogo.

—Travelos, yonkis, maricones —murmuraba Eduardo mientras leía en la pantalla.

Terminó la página entera y pasó a la siguiente. Vidente. Médium. Otro adivino. Volvió a pasar de página. Y encontró lo que buscaba. Dejó el mando en la mesilla y dijo:

—Lee.

—Clarividente Kardecia en San Fernando, Cádiz. Para momentos intranquilos, situaciones incómodas… Videncia sensitiva, tarot, péndulo, palangana y más. Contáctame.

Miré de reojo a Eduardo.

—Para eso, llama al padre Ramón —ironicé.

—El padre Ramón se ha llevado dos semanas ingresado en Zamacola y murió anoche. Me lo ha dicho Mimí esta mañana. Una cosa fulminante.

—Joder.

—Llámala —ordenó Eduardo con una voz envejecida, señalando el anuncio del Teletexto.

En mi vida pensé que acabaría haciendo algo así para resolver un problema de mi jefe. Me habría gustado desobedecerle, insistirle para que fuera al psiquiatra o pedirle que se fuera de vacaciones a Mallorca. Sin embargo, la llamé en cuanto llegué a casa. Había que salir de aquello cuanto antes.

La conversación telefónica me pareció más un teatro que una cosa seria.

—Señora Kardecia…

La mujer soltó una carcajada a través del auricular.

—Me llamo Julia Rosas. Kardecia es mi nombre… artístico. Viene de Kardec. Alan Kardec. ¿Sabe quién era?

—No. La verdad...

—Kardec... pues el padre del espiritismo moderno. Un personaje del siglo pasado... Pero bueno, cuénteme. Que me pongo a charlar y no paro.

Le expliqué la evolución de Eduardo desde el día que vio la mancha. Le hablé de cómo su vida se desmoronaba, de cómo en pocas semanas podría perderlo todo, de sus ataques de ira, la fiebre, las pesadillas, las voces, incluso le hablé de Amalia y Mimí... Cuando llegué al tema del ladrillo y le hablé de su inscripción me interrumpió. Su voz sonó seria por primera vez:

—¿Qué ponía en el ladrillo exactamente?

Las recordaba perfectamente. Las recité.

—La sesión será, en principio, veinticinco mil —informó Kardecia para ir terminando—. Si es que todo va bien... Pero si la cosa se tuerce y me cuesta más de la cuenta, sumamos diez mil pesetas por cada media hora de más que echemos allí.

Acepté sin regatear.

—Este martes —zanjó—, a las once y media de la noche, en la finca esa. Cuando no haya nadie.

Entretanto, el trabajo en la oficina se me hacía cuesta arriba. Denuncias y amenazas de los de Marbella, fiasco en la operación de Sotogrande, desastre en la empresa que suministraba el cemento al Telera. Para colmo, a su amigo Cifuentes le había dado un derrame y lo habían ingresado, el sevillano que quiso comprar la finca se había matado en un accidente en la autopista y el Bizco había sido detenido. Todo lo que oliera a Eduardo García-Duque acababa mal. Realmente, estábamos muy cerca de la quiebra.

Llegó el martes, 1 de marzo, y fui a buscar a Eduardo en su casa, en la calle Zaragoza. Serían las ocho de la tarde cuando pulsé el telefonillo del primer piso y me quedé esperando. Tardó como cinco minutos en abrir.

Al abrirse la casapuerta apareció una caricatura expresionista de lo que había sido Eduardo García-Duque Arbolí. Encorvado, despeinado, mal afeitado y sin asear, cuando el aseo personal había sido una liturgia irrenunciable para él desde niño. Su voz se había hundido hacia lo más profundo de su garganta. Quiso sonreír a modo de saludo, pero en su lugar

apareció una especie de mueca vacía, como quien ha perdido el contacto con lo humano. Su imagen me recordó a la de un drogadicto de los que andaban moribundos al otro lado de la vía del tren.

—Tienes mala cara —Le vi un corte fresco en la ceja y se lo señalé.

—Esta mañana me reventó en las manos un vaso de agua. Una esquirla me dio aquí —se señaló la herida—. Pero no es nada. Lo peor son los ruidos de obra. Suenan a todas horas, con su puta madre.

Pasé al salón y me encontré con todos los libros y las figuritas de plomo desparramados por el suelo. El Sorolla estaba rajado, a mala leche. El diploma del colegio de agentes de la propiedad estaba hecho una bola sobre el butacón.

—Esta madrugada me despertó un susurro —empezó Eduardo, antes de que yo pudiera preguntarle por lo ocurrido—. Un aliento cálido, aquí, en el cogote. Pensé que era el mi mujer. Pero abrí los ojos y ahí no había nadie.

—Mimí y las niñas siguen en Vistahermosa, ¿no?

—Entonces oí un estruendo en el salón —prosiguió sin escucharme—. Me puse las babuchas y fui hacia allí. Estaba sofocado, con una punzada en el pecho y, de pronto, más ruido de libros y cosas cayendo al suelo.

De pronto, Eduardo enmudeció y miró hacia el techo.

—¿Oyes los pasos ahí arriba? —Traté de oírlos, sin éxito—. Se llevan todo el día dando golpes. Y con la radio encendida… Ahora tienen puesto el himno ese rojo, el de las barricadas... —canturreó—: A las barricadas, a las barricadas…

—Vámonos, Eduardo —le apremié—. ¿Has cogido el ladrillo?

Entre ataques de tos, y a paso de enfermo conseguimos llegar a la plaza de San Agustín a las once y media en punto. Eduardo se encendió un cigarro de los suyos, sin sello español.

—¿Y cómo van los negocios?

—Bien —contesté.

A los diez minutos, apareció una mujer de unos cuarenta años de edad, de pelo naranja, corto y de punta, las orejas troqueladas con aros de diferentes tamaños y con una chaqueta de cuero.

—Sabía que serían ustedes —dijo.

Eduardo me echó una mirada inquisitiva y yo me encogí de hombros.

—¿Qué hago? La elegiste tú… —le recordé.

La vidente Kardecia cargaba con un trípode, como el de las cámaras de fotos antiguas, una riñonera negra y un bolso grande y hortera colgado en bandolera. No paró de hablarnos del tráfico desde San Fernando y del aparcamiento en Cádiz hasta que llegamos a la finca.

—Esto parece un programa de Jiménez del Oso —solté mientras abría el portón.

Una vez arriba, ya en la tercera planta, encendí una lámpara de camping que había dejado allí esa misma mañana por indicación de Kardecia. La mujer también sacó de su bolso una linterna de obra y la colocó a sus pies. Le pidió el ladrillo a Eduardo y leyó la inscripción. Suspiró, tratando recordar algo. Tras ella, a pocos pasos se encontraba el boquete de la pared, al que aún no le habían metido mano los nuevos albañiles. Parecía un agujero negro insondable entre la penumbra y la amarillenta luz del camping gas a medio fuego. De pronto, la mujer metió el brazo y se puso a escarbar ahí dentro con la mano.

Removió varios cascotes y sacó varios papeles sueltos y un cuadernillo lleno de polvo. Lo sacudió y nos lo mostró. En su portada decía Criterio Anarcoespírita de Cádiz.

—Ya sabía yo que tenía que haber más cosas. Normalmente, los albañiles espiritistas de aquella época solían dejar material ocultista junto al tótem.

—Qué tótem —pregunté.

—El ladrillo. Ese ladrillo.

Kardecia extrajo de su bolso una antigua palangana de latón, como las que se solían usar antiguamente para meter los pies en agua y sal, y la colocó sobre el trípode. Entretanto, Eduardo, cuando no tosía, guardaba silencio, impaciente.

La mujer puso en su interior el ladrillo. De su riñonera sacó tres pequeñas piedras, o quizás fueran huesos. Las depositó también en la palangana. Hurgó una vez más en la riñonera y sacó una bolsita con hierbas secas que esparció sobre todo lo demás. Por último, extrajo unas fotografías antiguas.

—Mis bisabuelos —explicó, mostrándonos los retratos— fundaron la Sociedad Espírita Gaditana, ¿sabe? En el 1850 o por ahí. Ahora están muertos, claro, pero les gusta verme trabajar.

Kardecia perfiló media sonrisa. Cogió otra fotografía:

—Y mi abuela, ésta de aquí, estuvo en el círculo espiritista La Buena Vida, en Barcelona. ¿Sabe lo que era eso?

—No, señora Kardecia.

Ahora, Eduardo temblaba y sudaba. La mujer se acuclilló para quitar potencia a la linterna de obra que había en el suelo y apagó la lámpara de gas. Nuestras sombras se proyectaban alargadas sobre techos y paredes.

—Quien no esté preparado o quien sienta miedo o quien no crea en esto, que salga de la habitación, por favor —pronunció Kardecia a modo de protocolo inicial, con las manos posadas en la palangana.

Nadie se movió, aunque Eduardo parecía luchar contra sí mismo para no perder el equilibrio. Yo estaba más atento a mi jefe que al ritual.

Kardecia comenzó a recitar unos salmos extraños. Eran frases largas que hablaban de las almas, de justicia, de poderes universales, de llaves astrológicas. Cuando terminó, nos pidió que pusiéramos las manos sobre la palangana. Exhaló profundamente. El trípode crujió. La palangana empezó a vibrar. Los labios de la mujer comenzaron a moverse con rapidez, como de forma involuntaria. Y habló. Pero no era su voz. De su garganta surgió una voz engolada, como de locutor de radio de los años treinta.

—Los tiempos designados por la providencia para una manifestación universal se acercan. Abrazamos la llegada de nuestra madre, el corazón de la anarquía, a quien invocamos. Su misión es instruir e ilustrar al género humano, abriendo una nueva era. Invocamos a

nuestra madre, el corazón de la anarquía y abrazamos su llegada —a partir de aquí, su tono de voz cambió de nuevo, más grave, y el ritmo se hizo más pausado—. Quien oprime y abusa de otros seres habrá de ser, a su vez, oprimido y abusado.

Cuando terminó su discurso, la palangana dejó de temblar. Los tres sentimos un remolino de aire frío que cruzó la habitación. Los ojos de la médium se posaron sobre Eduardo.

—¿Qué quieren de mí?, ¿qué he hecho? —preguntó de pronto Eduardo, alterado.

—Buscamos justicia —contestó la mujer con el susurro de la voz de un hombre—. Has abierto la puerta y ahora entramos nosotros.

—¿Y qué tengo que hacer para que me dejen tranquilo?

—¡Escúchanos! —gritó Kardecia.

Eduardo se soltó de la palangana, dio un torpe paso atrás y comenzó a emitir extraños gruñidos. Asustado, pregunté a la médium qué pasaba. No me respondió. Ella seguía en trance. Me volví de nuevo hacia Eduardo. Una costra blancuzca se le había formado en torno a los labios y comenzó a dar arcadas. Kardecia murmuraba algo que me pareció otro idioma.

De pronto, Eduardo dio un grito atroz y acabó vomitando un esputo negro repugnante. Y sin poder articular palabra, con los ojos vueltos, se fue desplomando en el suelo a cámara lenta. Fui a socorrerlo. Respiraba y su corazón latía. No era un infarto, pero estaba inconsciente. Kardecia volvió en sí y se acercó a Eduardo para comprobar la situación.

—En un ratito se le pasará —dijo.

—Llama a una ambulancia —ordené.

—No deberíamos dejar esto a medias…

—Que llames ya a una…

La mujer me dio un manotazo en el hombro.

—Vamos a ver, José María, su jefe quiere que arreglemos esto y aquí hay unos poderes muy fuertes. Y activos. Sabe lo que le digo, ¿no? Imagínese, ellos esperando la inminente venida de la Madre Anarquía y van y se encuentran en 1994 con este señor, un asustaviejas.

—No me interesan los espíritus. Lo que necesitamos es un médico, pero ya —insistí, arrodillándome junto él para intentar reanimarlo.

—Espera —me tuteó, aprovechando para coger otra bolsita de su riñonera—. Te voy a contar una cosa: Mi abuela, la de Barcelona, además de espiritista era de la CNT y venía a Jerez con la Soledad Gustavo y la Belén de Sárraga a los mítines de apoyo a los presos. Ni idea, ¿verdad? Da igual. Pues podría ser que en una de esas reuniones, conociera a los albañiles que firmaron eso en el 33 —dijo, señalando el ladrillo.

No respondí. Coloqué mi chaqueta doblada bajo la nuca de Eduardo y le desabroché el cuello de la camisa.

—Qué curioso que sea yo quien esté aquí para contactar con estos tres espíritus —la vidente vertió los polvos que había en la bolsita sobre la palangana— La de vueltas que da la vida, ¿eh, abuela?

Su risa me soliviantó:

—¡Quédate aquí, que voy a buscar un teléfono! —grité decidido y me levanté de prisa.

Kardecia, antes de que pudiera salir de la estancia, encendió una cerilla y la dejó caer en la palangana.

Un vapor espeso con olor a primavera se alzó y lo inundó todo. Un denso sopor me sobrecogió al instante. No pude huir. Sentí que todo se diluía alrededor. La voz de Kardecia se oía lejana, entonando un hipnótico cántico. Giré la cabeza y al mirar hacia el lugar donde se había desplomado Eduardo ya no había nadie. El cuerpo no estaba. Caí de rodillas al suelo y a gatas busqué una pared donde apoyar la espalda. Me resultaba cada vez más complicado moverme o mantener erguida la cabeza. Los párpados me pesaban, y entonces en ese lento parpadeo, lo vi, o creo que lo vi, o tal vez fue un sueño o una ilusión… Eduardo estaba de pie, pero no el Eduardo perdido y titubeante de los últimos días, sino el Eduardo fuerte y seguro de siempre. Juraría que sonreía. Una luz roja y cálida le rodeaba. O salía de él. El nuevo Eduardo se dirigía hacia el boquete donde estuvo la

mancha. Y de su interior apareció la vieja Rosario, la del hijo sordo, que con una mirada amable y los brazos extendidos le esperaba, le acogía… y entonces, ya sí que perdí el sentido.

Cuando volví a abrir los ojos estaba amaneciendo. La campana de una iglesia cercana repicaba dando la hora. Eduardo, Kardecia y todo su chiringuito se habían evaporado. No había quedado huella alguna de la sesión espiritista.

***

Mimí pudo vender la casa de Cádiz antes de que llegara la orden de embargo. Con el dinero de la venta, liquidó la deuda, se ahorró un juicio y se mudó con sus hijas definitivamente a Vistahermosa. La oficina García-Duque Arbolí S.L. cerró sus puertas. Me despedí de Auxi, que se quedó bien colocada en una inmobiliaria de la calle Ancha. Y ya cuando la policía dejó de atosigarme, convencida de que yo no podría ayudarles a localizar a Eduardo, me puse a recoger las migajas que quedaron de la empresa para permitirme sobrevivir.

Intenté desprenderme de la imagen de aquellos episodios, sin éxito. Y soñaba a menudo con el maldito ladrillo, que lo hacía añicos con un martillo, que lo metía en un horno de Astilleros, pero de una u otra manera siempre volvía a mí. Me atormentaba.

Un año más tarde, Kardecia apareció en mi puerta y me saludó seria. El corazón me dio un vuelco.

—¿Cómo has sabido dónde vivo? —le pregunté entre asustado y enfadado.

De su bolso sacó un ladrillo plano y me lo mostró sin más preámbulos. Sin duda, era el mismo, con sus letras grabadas en pintura negra y la firma de los tres albañiles en rojo.

—José María, ya sé lo que hay que hacer con esto —dijo.

—¿A dónde te llevaste a Eduardo?

—Espera, ¿te acuerdas del cuadernillo que saqué del boquete aquella noche?

—Fuera de aquí, o llamo a la policía. Largo.

—Necesito que me lleve a una obra. A un edificio en obras… Tenemos que plantarlo de nuevo.

—Sí, claro, ahora eso es una semilla.

—Pues sí que lo es.

No podría explicar por qué accedí a lo que me pedía aquella bruja. Quizás imaginé que así conseguiríamos dar con Eduardo, vivo y recuperado. Quizás, pero no lo sé, en realidad. En cualquier caso, hice varias llamadas y localicé al Telera en seguida. Y a los dos días, Kardecia y yo nos veíamos de nuevo en una obra. Esta vez, en un edificio imponente, un antiguo hospicio, cuya restauración gestionaba el viejo contratista. A plena luz del día. Sin linternas, sin lámparas.

El Telera pudo pensar que Kardecia era una futura compradora o una inspectora municipal, o lo que fuera, pero confiaba en mí y no preguntó nada. Simplemente, nos dejó entrar.

Ya de regreso, la médium me insistió para ir a un bar cercano. Quería despedirse de mí. A pesar de mis reticencias, acepté. En cierta manera, me lo tomé como si quisiera pedirme disculpas o darme las gracias por no haberla arrojado a los pies de la policía. Pedimos dos vinos y me hizo brindar.

—Por un futuro por construir —me sonrió con la copa en alto—. Por la revolución social. Por una nueva era.

—Tus castas.

Desde aquel día duermo tranquilo. Sin sentimientos de culpa. Sin remordimientos. Y a día de hoy, cuando la vista me empieza a fallar y apenas puedo caminar, sigo soñando con un mundo en obras. Eduardo García-Duque Arbolí había desaparecido, pero aún quedan muchos Eduardos y más que aparecerán. Por eso, cada vez que leo una noticia sobre un proyecto urbanístico que fracasa, una sonrisa me ilumina la cara.